

HERMANO CERDO

MAYO, 2006

3



EDITORIAL

DONALD BARTHELME • YO Y LA SEÑORITA MANDIBLE

ANN BEATTIE • JANUS

JAVIER GONZÁLEZ COZZOLINO • 2003

ABRIL OLMOS • MULTITUDES

DANIEL ESPARTACO • EL DÍA MÁS FELIZ EN LA VIDA DE MIGUEL HABEDERO

LUIS MORENO • EL DOCTOR RANA Y LOS OTROS

ANTONIO RAMOS • SOLA NO PUEDO

J.S DE MONTFORT • A VECES ME DA HAMBRE

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: AGENTE ARTEHORMIGA

DIRECTOR

Mauricio Salvador

SUBDIRECTOR

Daniel Espartaco Sánchez

EQUIPO DE REDACCIÓN

Javier González Cozzolino

Edgardo Dieleke

Raúl Aníbal Sánchez

COLABORADORES

Juan Pablo Plata (Colombia)

José Luis Justes (México)

Antonio Ramos (México)

Luis Moreno (España)

Abril Olmos Loya (México)

J. S. de Montfort (España)

Claudia Ulloa (Perú)

Agente Artehormiga (Azcapotzalco)

HERMANOCERDO es una publicación cuasimensual sin fines de lucro -todo lo contrario- y se edita en México, DF. Aunque el material lo buscamos nosotros, se aceptan colaboraciones de crónica, traducción y ensayo, en el correo hermanocerdo@gmail.com

Las opiniones vertidas en cada texto son responsabilidad de sus autores; al mismo tiempo, nada de lo dicho en el editorial tiene necesariamente que ver con el contenido de los textos o con los autores. Este número se envía a 135 personas. Se puede distribuir sin permiso. Las suscripciones son al correo hermanocerdo@gmail.com

Portada: Agente Artehormiga es artista visual y trabaja encubierto para el grupo MARCAZ para promover el arte y la cultura en Azcapotzalco.

Descarga los números anteriores en el blog oficial de [HERMANOCERDO](#)

3

HERMANO
CERDO

MAYO, 2006

EDITORIAL

Llegado el momento de ofrecer el número 3 de Hermanocerdo, llegamos también al punto en que es necesario hacer una pausa, mirar detenidamente lo que estamos haciendo y preguntarnos si de verdad es esto lo que queremos ofrecer.

Pese al carácter probadamente conservador de nuestra revista, hemos logrado una lista de 135 suscriptores arrebatándoselos tímidamente a las revistas posmodernas y de imaginación que tanto abundan en el mercado. Y cada día sufrimos por conservar a este pequeño grupo de lectores y cada día rezamos porque no huyan.

Según nuestras estadísticas, un buen porcentaje de aquel número lo representan las minorías sexuales quizá porque la hermandad cerda tuvo como núcleo originario a un grupo de muchachos sentimentales, pobres pero locos por el dinero, sensualistas pero monógamos, y que sólo llegan a ser los hombres rudos que aparentan por medio de dos o tres cuentos o de alguna crónica donde intentan disfrazar su verdadero yo poniéndose una piel de tigre sobre el lomo. Creemos que es esta característica la que nos ha ganado tantos puntos entre la comunidad gay. Pero ojo, no somos ninguna revista gay.

Siguiendo con las estadísticas, hemos visto que el resto de nuestros suscriptores no gay se divide en tres grupos principales; a saber, jóvenes y pudorosas adolescentes que pasan sus tardes frente a la pantalla de su computador y que no cesan de enviar fotos comprometedoras que podrían llevar a la cárcel a nuestro humilde editor. Otro grupo importante lo conforman los becarios cuyos originales son rechazados una y otra vez por el consejo editorial de la revista y cuya persistencia tiene algo del heroico y bello gesto de los guerreros poetas de antaño. Y por último, un grupo pequeño pero significativo de madres

amorosas que con supremo esfuerzo toman el mouse para leer las tonterías de nuestra revista.

Esperamos que este variado núcleo de 135 suscriptores continúe creciendo y colaborando con nosotros.

Por otra parte, este número 3 es especial porque al momento del cierre nos hemos enterado que el candoroso subdirector de Hermanocerdo, Daniel Espartaco Sánchez, ha ganado el *Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen* 2006. Debía la renta, debía dinero a docenas de personas, debía incluso una buena tajada de su dignidad y he aquí que de pronto, sin que nadie se lo esperara, le hablan y le dicen "Eres el afortunado ganador."

Por último, queremos invitar a todos para que participen en el Tercer Concurso Internacional de Microrrelatos convocado por Omegar Martínez, y cuyo jurado está compuesto por Alberto Chimal, Agustín Fest, Javier Moreno y el mismo Omegar Martínez. La revista Hermanocerdo, deseosa siempre de apoyar las causas populares, publicará en el número de junio a los cinco finalistas del concurso. Las bases y los premios pueden consultarse en la página:
<http://2cielos2.blogspot.com>

Mauricio Salvador

Donald Barthelme

YO Y LA SEÑORITA MANDIBLE *

TRADUCCIÓN DE JOSÉ LUIS JUSTES AMADOR



13 de septiembre

La señorita Mandible quiere hacer el amor conmigo pero duda porque, oficialmente, soy un niño. Tengo, según los registros, según la lista que hay sobre su mesa, según la ficha que está en la oficina del director, once años. En todo esto hay un error, uno que aún no he logrado aclarar del todo. De hecho, tengo treinta y cinco, he estado en el ejército, tengo casi dos metros, tengo vello en los lugares donde debe haber, mi voz es de barítono y sé qué hacer con la señorita Mandible si ella logra aclararse.

Mientras, estudiamos quebrados. Podría, por supuesto, contestar a todas las preguntas o, al menos, a la mayoría (hay cosas que no recuerdo). Pero prefiero estar sentado en este pupitre demasiado pequeño, con una mesa que me aprisiona los muslos y examinar la vida que me rodea. Somos treinta y dos en una clase que comienza todas las mañanas con el juramento de fidelidad a la bandera. Mi propia fidelidad, por ahora, está dividida entre la señorita Mandible y Sue Ann Brownly que sienta al otro lado del pasillo todo el día y que, como la señorita Mandible, está loca de amor. De las dos, hoy prefiero a Sue Ann. Aunque tiene entre once y once y medio (se niega a revelar su edad exacta) es claramente una mujer, con la agresión disfrazada característica de las mujeres y las peculiares contradicciones de la mujer. Ni ella ni

ninguno de los otros niños ven la más mínima incongruencia en mi presencia en este lugar. Extraño.

15 de septiembre

Para mi suerte, nuestro libro de geografía, que tiene mapas de las principales masas continentales del mundo, es lo suficientemente grande como para enmascarar la escritura clandestina de mi diario en una libreta negra bastante normal. Todos los días tengo que esperar hasta la clase de geografía para anotar los pensamientos que he podido tener a lo largo de la mañana sobre mi situación y mis compañeros. He intentado escribir en otros momentos pero no funciona. O el maestro anda arriba y abajo por los pasillos (estos días, por suerte, se queda junto al armario donde guarda los mapas en un extremo de la clase) o Bobby Vanderbilt, que se sienta detrás de mí, me pega en los riñones y quiere saber qué estoy haciendo. Vanderbilt, lo he descubierto por una serie de insulsas conversaciones en el patio, está enganchado con los coches de carreras, un veterano consumidor de Road & Track. Eso explica los continuos sonidos de rugir de motores que salen de su banca. Está poniendo un disco llamado Sonidos de Sebring.

19 de septiembre

Sólo yo, a veces (sólo a veces), entiendo que se ha cometido un error, que estoy en un lugar al que no pertenezco. Puede ser que la señorita Mandible también, en cierto modo, lo sepa pero que, por razones que no acabo de comprender del todo, me siga la corriente. Cuando me enviaron a este salón quería protestar, tan obvio me parecía el error. Hasta el director más estúpido del mundo podía haberlo visto. He llegado a pensar que es deliberado, que he sido traicionado de nuevo.

Ahora ya no parece tan importante. Esta vida es tan interesante como mi antigua vida: ajustador de demandas para la Great Northern Insurance Company, un trabajo que me colocaba entre los desechos de nuestra civilización: guardabarros desechos, cobertizos sin techo, naves destrozadas por dentro, brazos y piernas aplastados. Tras diez años así, se tiende a ver el mundo como un basurero enorme, a mirar a un hombre y ver sólo los miembros (potencialmente) deformes, a entrar a una casa sólo para trazar el recorrido del inevitable fuego. Por eso, cuando me acomodaron aquí, aunque sabía que había un error, lo aprobé. Me vi astuto. Era consciente de que también podía haber alguna ventaja en lo que parecía un desastre. El trabajo de ajustador le enseña a uno muchas cosas.

22 de septiembre

Me piden que entre al equipo de voleibol. Lo rechazo, negándome a utilizar mi altura para obtener una ventaja injusta.

23 de septiembre

Cada mañana pasan lista: Bestvina, Bokenfohr, Broan, Brownly, Cone, Coyle, Crecelius, Darin, Durban, Geiger, Guiswite, Heckler, Jacobs, Kleinschmidt, Lay, Logan, Masei, Mitgang, Pfeilsticker. Es como la letanía que cantaba en los apagados y miserables amaneceres de Texas

el sargento de nuestra compañía.

Tampoco en el ejército yo estaba en mi lugar. Me costó bastante darme cuenta de lo que los otros habían entendido a la primera: que mucho de lo que estaba haciendo no tenía ningún sentido, ningún propósito. No paraba de preguntarme por qué. Entonces pasó algo que me llevó a una nueva pregunta. Un día se nos ordenó que encaláramos, desde el suelo hasta las hojas más altas, todos los árboles de nuestro campo de entrenamiento. El cabo que nos dio la orden estaba nervioso y nos pedía disculpas. Más tarde, un capitán que no estaba de servicio se dejó caer por allí y nos observó, encalados y extenuados, desparramados entre las fantásticas formas que habíamos creado. Se alejó maldiciendo. Entendí el principio (órdenes son órdenes) pero me preguntaba: ¿quién decide?

29 de septiembre

Sue Ann es una maravilla. Ayer pateó viciosamente mi tobillo por no prestarle atención mientras intentaba pasarme una nota durante la clase de historia. Aún me duele. Pero como la señorita Mandible me estaba mirando no pude hacer nada. Es extraño que Sue Ann me recuerde a la esposa que tenía en la antigua vida mientras que la señorita Mandible parece ser una niña. Me vigila constantemente pero intenta que no haya nada que pueda significar sexualidad en su apariencia. Temo que los otros niños lo hayan notado. Siempre he oído, en esa frecuencia fantasmal que es el medio de comunicación dentro de la clase, las palabras "el consentido de la profesora."

2 de octubre

A veces especulo sobre la naturaleza exacta de la conspiración que me ha traído hasta aquí. A veces creo que ha sido instigada por la mujer que tuve en los viejos tiempos, que se llamaba... Sólo finjo que olvido. Sé muy bien su nombre como el de mi antiguo aceite de motor (Quaker

State) o mi número del ejército (US 54109268). Se llamaba Brenda y la conversación que más recuerdo, la que ahora me hace sospechar, ocurrió el día que nos separamos. "Tienes alma de puta", le dije en aquella ocasión, no queriendo decir nada más que lo que dije literalmente. "Tú", me contestó, "eres un padrote, una mierda y un niño. Me largo para siempre y confío en que sin mí serás presa de tus propias ineptitudes. Que son bastantes."

Me retuerzo en la banca cuando recuerdo esa conversación y Sue Ann me observa con maligna compasión. Se ha dado cuenta de que hay una desigualdad en el tamaño de mi pupitre y mi propio tamaño aunque, aparentemente, lo ve como una marca de mi encanto, como la oscura señal de que soy hombre-de-mundo.

7 de octubre

Una vez me acerqué de puntillas al escritorio de la señorita Mandible (cuando no había nadie más en el salón) y examiné la superficie. Descubrí que la señorita Mandible era una maestra-de-mesa-limpia. No había nada salvo su lista (esa, en la que yo existo como un alumno de sexto año) y un libro que estaba abierto en una página que llevaba el título "Haciendo significativos los procesos". Decía: "Muchos alumnos disfrutan el hecho de trabajar con quebrados cuando entienden lo que están haciendo. Confían en su habilidad para seguir los pasos correctos y llegar a las soluciones correctas. Sin embargo, para dar a la materia una importancia social total, es necesario encontrar muchas situaciones reales que necesiten del tema. Deben resolverse muchos problemas, interesantes y reales, que impliquen el uso de quebrados".

8 de octubre

No me enoja el hecho de haber pasado por todo esto ya antes. Las cosas ahora son diferentes. Es más, los niños son diferentes en muchos aspectos de aquellos que me acompañaron en

mi primer viaje por la primaria. "Confían en su habilidad para seguir los pasos correctos y llegar a las soluciones correctas". Eso es verdad. Cuando Bobby Vanderbilt, que se sienta detrás de mí y tiene la ventaja táctica de mi desproporcionada sombra, quiere golpear en la boca a un compañero, antes le pide a la señorita Mandible que baje la persiana diciendo que el sol le pega en los ojos. Cuando ella lo hace, zas. Mi generación no hubiera sido capaz de tratar tan fácilmente a la autoridad.

13 de octubre

Puede ser que en mi viaje por las escuelas yo tuviera la impresión exagerada de que lo que las autoridades (¿quién decide?) habían ordenado para mí era lo correcto y lo propio. Yo confundía la autoridad con la vida misma. Mi camino no ha sido precisamente el que yo he elegido. Mi vida se extendía delante de mí como en un juego de rally y mi misión era encontrar las pistas. Cuando salí de la escuela, la primera vez, tenía la impresión de que esa idea era sustancialmente correcta y le entré con ansiedad al juego. Había muchas pistas: diplomas, membresías, propaganda electoral, un acta matrimonial, polizas de seguro, pases de salida, devoluciones de impuestos, Certificados de Mérito. Parecían probar, al menos, que yo estaba en el juego. Pero eso fue antes de mi trágico error, el de la queja de la señora Anton Bichek.

Malinterpreté una pista. No me entiendan mal: fue una tragedia sólo desde el punto de vista de las autoridades y, además, yo creía que mi labor era que los afectados consiguieran indemnizaciones, que esta señora (ni siquiera cliente nuestra sino demandante en contra de Big Ben Transfers & Storage, Inc.) la consiguiera de nuestra compañía. Se decidió que fuera de 165,000 dólares. La reclamación, lo sigo pensando, era justa. Pero sin mi apoyo, la señora Bichek nunca hubiera tenido el amor propio suficiente como para poner un precio tan alto a su herida. La compañía pagó, pero su confianza en mí, en mi

eficacia en el trabajo, se resquebrajó. Lo siguiente que supe fue que estaba aquí, en la primaria Horace Greeley bajo el ojo lúbrico de la señorita Mandible.

17 de octubre

Hoy vamos a tener un simulacro de incendio. Lo sé porque soy el encargado de incendios no sólo de nuestro salón sino de todo el ala derecha de la segunda planta. Esta distinción, que me fue otorgada al poco tiempo de llegar aquí, es interpretada por algunos como una señal más de la relación más que dudosa que mantengo con nuestra maestra. Mi brazalete, que es rojo y está decorado con letras blancas de fieltro que dicen FUEGO, se encuentra en el pequeño cajón bajo mi escritorio junto a la bolsa de papel marrón que guarda el almuerzo que me preparo con cuidado todas las mañanas. Una de las ventajas de preparar mi propio almuerzo (no tengo a nadie que lo haga por mí) es que puedo poner las cosas que me gustan. Los sándwiches de mantequilla de maní que me preparaba mi madre en mi antigua vida, hace tanto tiempo, han cedido su lugar a los de jamón y queso. He descubierto que mi dieta se ha ajustado, misteriosamente, a mi nueva situación. Ya no bebo, por ejemplo, y cuando fumo lo hago en el baño de niños como todo el mundo. Fuera de la escuela apenas fumo. Es sólo en lo del sexo en lo que noto mi verdadera edad. Es algo, parece, que una vez que se aprende no se olvida nunca. Vivo atemorizado por si a la señorita Mandible se le ocurre un día retenerme al acabar la escuela y, estando solos, crear una situación comprometedor. Para evitarlo, me he vuelto un alumno modelo: otra razón más para el pronunciado disgusto que encuentro en algunos grupitos del salón. Pero no puedo negar que me encienden esas miradas sostenidas que me llegan desde el pizarrón. La señorita Mandible es, especialmente su busto, una pieza bastante apetecible.

24 de octubre

Hay algunos retos aislados sobre mi tamaño, sobre mi apenas notada posición como el Gulliver de la clase. Bastantes de mis compañeros son prudentes con el tema como si yo tuviera un solo ojo o mis piernas estuvieran en uno de esos aparatos de metal desgastado. Se me ve como una mutación de algún tipo pero, en lo esencial, como un compañero. Sin embargo, Harry Broan, cuyo padre se ha hecho rico fabricando el ventilador de baño Broan (algo que con bastante frecuencia se le reprocha a Harry: siempre le preguntan cómo van las cosas en Ventiladorvilla), me preguntó hoy que si quería pelear. Un grupo de seguidores interesados se había reunido para observar esta maniobra suicida. Le contesté que yo no tenía muchas ganas de pelear, algo por lo que él me estuvo, obviamente, agradecido. Ahora somos amigos para siempre. Me ha dado a entender, en privado, que me puede conseguir todos los ventiladores de baño que necesite por una cantidad ridícula.

25 de octubre

“Deben resolverse muchos problemas, interesantes y reales, que impliquen el uso de quebrados...” Los teóricos se equivocan porque no se dan cuenta de que todo lo que es interesante y real en clase proviene de lo que ellos, probablemente, llamarían relaciones interpersonales: Sue Ann Brownly pateándome el tobillo. ¡Qué vital, qué femenina es su tierna solicitud por los hechos! Su orgullo en mi recientemente adquirida cojera es transparente. Todo el mundo sabe que me tiene marcado, que eso es una victoria en su lucha desigual con la señorita Mandible para conquistar mi enorme y desproporcionado corazón. Hasta la señorita Mandible sabe y contraataca del único modo que puede. Con sarcasmo. “¿Estás mal, Joseph?” Hay fuegos ardiendo detrás de sus párpados, anhelando que el encargado de incendios apague sus ojos. Yo apenas murmuro que me he golpeado sin querer en la pierna.

30 de octubre

Vuelvo una y otra vez al problema de mi futuro.

4 de noviembre

La biblioteca ambulante subterránea me ha hecho llegar una copia de Movie-TV Secrets, una portada multicolor blasonada con el titular "La cita de Debbie insulta a Liz". Es un regalo de Frankie Randolph, una chica bastante normal que hasta hoy no me había dirigido la palabra, que me la pasó a través de Bobby Vanderbilt. Le agradecí con la cabeza y le sonreí por encima de mi hombro. Frankie escondió la cabeza bajo su pupitre. He visto cómo pasan estas revistas por entre las chicas (a veces uno de los muchachos se muestra condescendiente e inspecciona una portada especialmente explícita). La señorita Mandible las confisca cuando ve una. Ojeo Movie-TV Secrets y me sorprende. "La fotografía exclusiva de estas páginas no es lo que parece. Sabemos lo que parece y sabemos lo que dirán los chismosos. Para salvaguardar los intereses de alguien maravilloso, primero publicamos los hechos. ¡Esto es lo que sucedió en realidad!" La fotografía muestra a un joven ídolo de la pantalla en la cama, empujado y con los ojos legañados, mientras junto a él una joven igualmente somnolienta tiene una mirada adormilada. Me alegra saber que la fotografía no es lo que parece. Parece ser nada más y nada menos que una evidencia de divorcio.

¿Qué pensarán estas niñas de once años sin caderas cuando lleguen, en la misma revista, al anuncio de página completa de Maurice de Paree que habla de "Ayuda para las caderas" y que parecen unas nalgas postizas? ("¡Un agente secreto encubierto para añadir atractivo a esas caderas y ese trasero!"). Si no pueden descifrar el lenguaje, la ilustración no deja nada a la imaginación. "Vuélvelo loco..." continúa el anuncio. Quizá esto explique la preocupación de Bobby

Vanderbilt por los Lancias y los Maseratis. Es una defensa contra el hecho de que alguien le vuelva loco.

Sue Ann ha observado la maniobra de Frankie Randolph y, mirándome a los ojos, saca de su mochila no menos de diecisiete revistas de ese tipo y me las arroja como para probar que cualquier cosa que pueda ofrecerme una de sus rivales, ella lo puede superar. Las hojeo rápidamente mientras me doy cuenta de lo amplio de la oferta editorial:

Los niños de Debbie lloran.

Eddie le pregunta a Debbie: '¿Harás...?'

Las pesadillas que Liz tiene sobre Eddie.

Las cosas que Debbie puede decir sobre Eddie.

La vida privada de Eddie y Liz.

¿Tiene Debbie a su hombre de vuelta?

Una nueva vida para Liz.

El amor es un juego tramposo.

El diseñado nido de amor de Eddie.

Como hizo Liz un hombre de Eddie.

¿Planean vivir juntos?

¿No es hora de dejar en paz a Debbie?

El dilema de Debbie.

Eddie es padre de nuevo.

¿Planea Debbie volver a casarse?

¿Puede Liz bastarse a sí misma?

¿Por qué está Debbie harta de Hollywood?

¿Quiénes son esa gente, Debbie, Eddie, Liz, y cómo se metieron en semejante lío? Estoy seguro de que Sue Ann lo sabe. Es obvio que ha estado estudiando su historia como una guía para lo que le espera cuando se libere, de repente, de este salón gris y aburrido.

Me enoja y le tiro las revistas para devolverlas sin ni siquiera darle las gracias.

5 de noviembre

El sexto de la primaria Horace Greeley es un horno de amor, amor, amor. Hoy está lloviendo pero en el interior el aire era denso y la pasión tensaba todo. Sue Ann no vino. Sospecho que nuestro intercambio del día anterior la ha pos-

trado en la cama. La culpabilidad cuelga sobre mí. Ella no es la responsable, lo sé, de lo que lee, de los modelos que una industria editorial venal le propone. No debí haber sido tan rudo. Quizá sólo es gripa.

En ningún otro lugar he encontrado una atmósfera tan cargada de sensualidad abortada como en éste. La señorita Mandible está indefensa. Nada sale bien hoy. A Amos Darin lo han descubierto haciendo un dibujo obsceno en el guardarropa. Triste y con poco parecido con la realidad, no era un signo de nada salvo un acto de amor en sí mismo. Ha excitado incluso a los que no lo han visto, incluso a aquellos que lo vieron pero sólo entendían que era algo obsceno. La habitación se agita con una titilación imperfectamente comprendida. Amos está en la puerta, esperando a que lo lleven a la oficina del director. Se debate entre el miedo y el placer de su celebridad temporal. De vez en cuando, la señorita Mandible me mira con reproche, como si me culpara por el desmadre. Pero yo no he creado esta atmósfera. Estoy atrapado en ella como los otros.

8 de noviembre

A mí y a mis compañeros se nos ha prometido todo, concretamente el futuro. Aceptamos las sugerencias más extrañas sin parpadear siquiera.

9 de noviembre

Por fin he reunido el valor suficiente para pedir una mesa más grande. En el receso apenas puedo caminar. Mis piernas se niegan a desenrollarse por sí mismas. La señorita Mandible dice que lo comentará con el prefecto. Está preocupada por lo excelso de mis temas. ¿Me han -pregunta-, me han ayudado? Por un momento estoy a punto de contarle mi historia. Algo, sin embargo, me impide hacerlo. Aquí estoy seguro, tengo un lugar. No quiero entrometerme otra vez con las extrañas, aunque divertidas, actitu-

des de la autoridad. Me propongo, en el futuro, ser menos excelso en mis temas.

11 de noviembre

Un matrimonio arruinado, una carrera como ajustador arruinada, un interludio lúgubre en el ejército cuando ya casi no era ni ser humano. Esa es la suma final de mi vida hasta hoy, un desastre total. No es de extrañar, entonces, que la reeducación fuera mi única esperanza. Hasta a mí me queda claro que necesito retribujar en algo fundamental. ¡Qué eficiente la sociedad que prevé así la salvación de su escoria!

Tras ser sacado de mi vida, una vida rodeada por otros jóvenes americanos agradables, desesperados y con intención de hacer dinero, devuelto en el tiempo y el espacio, comienzo a entender dónde lo hice mal, dónde lo hicimos mal. (Aunque esa no era la idea de quienes me enviaron aquí. Sólo querían que lo hiciera bien).

14 de noviembre

Siento que la diferencia entre los niños y los adultos, aunque probablemente útil para otros propósitos, es, en el fondo, insignificante. Solo hay egos individuales, locos por amar.

15 de noviembre

El prefecto ha informado a la señorita Mandible de que nuestras mesas son del tamaño correcto para alumnos de sexto grado, según especifica el Consejo de Estimados y provee a las escuelas la Nu-Art Educational Supply Corporation de Englewood, California. Ha señalado que si el tamaño de la silla es correcto, en conclusión el tamaño del alumno es el que debe ser incorrecto. La señorita Mandible, que ya había llegado a semejante conclusión, se niega a llevar el asunto más lejos. Creo que sé la razón. Apelar a la administración podría suponer que me cambiaran de salón, que me transfirieran a un lugar para "niños excepcionales". Resultaría

un desastre de primera magnitud. Sentarme en una habitación con niños genio (o, más probablemente, niños “retrasados”) me agostaría en una semana. Dejemos que mi experiencia sea la ordinaria, me digo. Deja, Dios, por favor, que sea la típica.

20 de noviembre

Leemos los signos como promesas. La señorita Mandible comprende, por mi altura, por mis resonantes vocales, que algún día me la llevaré a la cama. Sue Ann interpreta los mismos signos pensando que soy único dentro de sus conocidos masculinos, por eso más deseable, por eso su propiedad especial como todo aquello que es Lo Más Deseable. Si ninguna de estas proposiciones funciona, entonces la vida ya no tiene fe en ellas.

Yo mismo, en mi antigua existencia, leí el lema de la compañía (“Para ayudar en tiempo de necesidad”) como una descripción del puesto de ajustador de demandas, malentendiendo drásticamente los intereses más profundos de la compañía. Creía que porque había encontrado una esposa que estaba hecha de signos de esposa (belleza, encanto, dulzura, perfume, cocina) había encontrado el amor. Brenda, leyendo los mismos signos que ahora han confundido a la señorita Mandible y a Sue Ann, sentía que le habían prometido que nunca más volvería a aburrirse. Todos nosotros, la señorita Mandible, Sue Ann, yo mismo, Brenda, el señor Goodykind, todavía creemos que la bandera americana significa un tipo general de bondad.

Pero me digo, mirándome en esta incubadora de futuros ciudadanos, que los signos son signos y algunos de ellos, mentiras. Ese es mi gran descubrimiento en el tiempo que he pasado aquí.

23 de noviembre

Puede que mi experiencia como niño sea lo que acabe por salvarme. Si tan solo pudiera es-

tarme quieto en este salón, tomando apuntes mientras Napoleón se arrastra por Rusia en la monótona voz de Harry Broad, que lee en voz alta el libro de historia. Todos los misterios que me asombraban de adulto tienen su origen aquí y, uno a uno, los enumero, desentrañándolos. La señorita Mandible se negará a dejarme así, sin crecer. Sus manos descansan en mis hombros demasiado tiempo, con demasiada calidez.

7 de diciembre

Son los juramentos que este lugar me hace, juramentos que no se pueden redimir, los que después me confunden y me hacen sentir que no voy a ninguna parte. Todo se presenta como resultado de un proceso que se puede conocer. Si quiero llegar a cuatro tengo que hacerlo usando dos más dos. Si quiero quemar Moscú, la ruta a seguir ya ha sido marcada antes por otro viajero. Si, como Bobby Vanderbilt, aspiro a estar al volante de un Lancia cupé de 2.4 litros, sólo tengo que usar el proceso correcto, es decir, conseguir dinero. Y si es el dinero en sí mismo lo que quiero, sólo tengo que hacer dinero. Todas esas metas son exactamente igual de hermosas según el Comité de Estimados. La prueba de ello nos rodea en esta fealdad sin-sin sentido que es este edificio de acero y cristal, en la directividad con que la señorita Mandible maneja alguna de nuestras peleas menos importantes. ¿Quién se ha molestado en señalar que a veces los preparativos fallan, que se cometen errores, que no se sabe leer los signos? “Confían en su habilidad para seguir los pasos correctos y llegar a las soluciones correctas”. Uso los procedimientos correctos, obtengo las respuestas correctas y mi esposa me deja por otro hombre.

8 de diciembre

Mi reeducación está funcionando a la perfección.

9 de diciembre

Otra vez el desastre. Mañana me van a mandar con el doctor, a observación. Sue Ann nos descubrió a mí y a la señorita Mandible en el guardarropa, durante el receso. Se puso histérica en un instante. Por un momento creí que iba a ahogarse. Salió de la habitación llorando, directa a la oficina del director, ahora ya segura de quién era Debbie, quién Eddie, quién Liz. Lamento ser la causa de su desilusión pero sé que se recuperará. La señorita Mandible está destrozada pero entera. Aunque la acusarán de haber contribuido al delito de un menor, parece estar en paz. Ha cumplido su promesa. Ahora ya sabe que todo lo que le han dicho sobre la vida, sobre América, es cierto.

He intentado convencer a las autoridades de la escuela de que soy un menor sólo en cierto sentido. De que es a mí a quien hay que culpar, pero no funcionó. Siguen tan ciegos como siempre. Mis contemporáneos se asombran de que no me presente como una víctima inocente. Como la Vieja Guardia llegando a través de los campos de Rusia, la clase llega a la conclusión de que la verdad implica castigo.

Bobby Vanderbilt me ha dado su copia de Sonidos de Sebring como regalo de despedida.

HC

► DONALD BARTHELME nació en Filadelfia en 1931 y murió en la ciudad de Houston en 1989. Se le considera como uno de los más destacados representantes de la narrativa posmoderna. Muchos de sus primeros cuentos aparecieron en la influyente revista *The New Yorker*. Desde su primer libro de cuentos, *Come Back, Dr. Caligari*, hasta las últimas recopilaciones tituladas *Forty Stories* y *Sixty Stories*, Donald Barthelme ha impuesto un estilo único, mezcla de ironía, inteligencia y rigor.

A n n B e a t t i e

J A N U S *

TRADUCCIÓN DE MAURICIO SALVADOR



EL bol era perfecto. Quizá no lo que escogerías de hallarte frente a una repisa de boles, y no la clase de objeto que inevitablemente llamaría la atención en una feria de artesanías, aunque aún así poseía presencia real. Era tan previsiblemente admirado como un perro corriente que no tendría razón para sospechar que podría ser divertido. Y de hecho, un perro como ése era con frecuencia llevado (y traído) junto con el bol. Andrea era agente inmobiliaria, y cuando pensaba que ciertos compradores potenciales podrían ser amantes de los perros, soltaba a su perro y colocaba el bol en la casa en venta. Ponía un plato para el agua de Mondo en la cocina, tomaba la ranita de plástico chirriante de su bolso y lo tiraba al piso. El perro se abalanzaba deliciosamente, tal y como lo hacía a diario, ladrando alrededor de su juguete favorito. Casualmente el bol se hallaba sobre una mesa de café, aunque recientemente lo había colocado sobre la carpeta blanca de la cómoda, y sobre una mesa laqueada. Una vez lo colocó sobre una mesa de cerezo debajo de una naturaleza muerta de Bonnard, que tenía su propio bol. Quienquiera que haya comprado una casa o haya querido vender una, de seguro conoce algunos de los trucos usados para convencer a un comprador de que la casa es de verdad especial: fuego en la chimenea a media tarde; lilys en un jarrón en el fregadero; quizá el ligero aroma a primavera, provocado por una gota de

esencia vaporizándose sobre la bombilla de una lámpara.

Lo maravilloso respecto del bol, pensaba Andrea, es que resultaba sutil y notorio –la paradoja del bol. El barniz era de color crema y parecía destellar sin importar bajo qué luz fuera colocado. Tenía algunos puntitos de color –diminutos destellos geométricos– y algunos de estos se maticaban con motas plateadas. Eran tan misteriosos como células vistas bajo el microscopio por lo que resultaba difícil no estudiarlos, pues destellaban, resplandeciendo un sólo segundo, antes de volver a su forma anterior. Algo respecto de los colores y su azarosa disposición sugería movimiento. La gente que gustaba de los muebles rústicos siempre hacía un comentario sobre el bol, pero también sucedía que quienes se sentían cómodos con los Bierdermeier lo admiraban de la misma manera. Pero el bol no era sí de ostentoso, o tan notorio al punto que alguien sospechara que había sido colocado deliberadamente. Al entrar a la habitación se fijarían primero en lo alto del techo, y sólo cuando sus ojos bajaran de ahí, o se alejaran del reflejo de la luz del sol sobre una pared blanca, verían el bol. Entonces se dirigirían a él inmediatamente y comentaban. No obstante, solían titubear al intentar decir algo. Quizá porque se encontraban en la casa por una razón seria, y no para notar un simple objeto. Una vez Andrea recibió la llamada de una mujer que no había ofertado nada por la casa mostrada. Aquel bol, dijo, ¿sería posible investigar

en qué lugar los dueños habían comprado tan magnífico bol? Andrea fingió no saber de lo que le hablaba la mujer. Un bol, en algún lugar de la casa. Ah, sobre la mesa debajo de la ventana. Sí, ella preguntaría, por supuesto. Dejó pasar un par de días y entonces llamó de vuelta para decir que el bol había sido un regalo y los dueños no sabían dónde había sido comprado.

Cuando el bol no era llevado de una casa a otra, descansaba sobre la mesa de café de la casa de Andrea. No lo tenía envuelto cuidadosamente (aunque sí lo transportaba así, en una caja); lo tenía en la mesa porque le gustaba verlo. Era suficientemente grande por lo que no parecía particularmente frágil si alguien golpeaba de refilón la mesa o si Mondo tonteaba hacia él mientras jugaba. Le había pedido a su esposo que por favor no dejara las llaves de la casa en él. Se suponía que debía estar vacío.

Cuando su esposo advirtió el bol por primera vez, lo miró con curiosidad y luego sonrió, brevemente. Él siempre la había incitado a comprar las cosas que le gustaran. En los últimos años habían adquirido tantas cosas como para hacer las paces con todos aquellos años de escasez de cuando eran estudiantes graduados, pero ahora que se habían sentido confortables durante un buen tiempo, el placer de las nuevas posesiones menguó. Su esposo dijo del bol que era “bonito”, y se alejó sin siquiera examinarlo. No tenía mayor interés por el bol que ella por su nueva Leica.

Estaba segura que el bol le traía suerte. Con frecuencia las ofertas eran para las casas donde lo había colocado. En ocasiones los dueños, a quienes se les pedía estar fuera o salir durante el tour de muestra, nunca se enteraban que el bol había estado en su casa. Una vez, sin embargo –y no podía imaginar cómo-, dejó el bol atrás, y llegó a sentir tanto miedo de que algo podía haberle pasado, que rehizo el camino deprisa hacia la casa y suspiró de alivio cuando la dueña abrió la puerta. El bol –explicó Andrea.

Había comprado un bol y lo había dejado sobre la cómoda para protegerlo mientras guiaba por la casa a los probables compradores y ella... Sintió que debía correr por sobre la disgustada mujer y recoger su bol. La dueña se hizo a un lado pero fue sólo cuando Andrea corrió hasta la cómoda que la mujer la observó con extrañeza. Segundos antes de levantar el bol, Andrea supo que la dueña debía haber visto ya lo perfectamente situado que estaba. Justo para que la luz de sol golpeará en su parte más azul. El jarrón había sido desplazado a la parte más alejada de la cómoda, y el bol predominaba. Durante todo el camino a casa, Andrea se preguntó cómo es que pudo dejarlo. Era como dejar a un amigo en una excursión, tan sólo yéndose. En ocasiones el periódico mostraba historias de familias que olvidaban a un niño en cualquier lugar y conducían a luego a otra ciudad. Andrea, en cambio, había andado sólo una milla antes de acordarse.

En su momento, soñó con el bol. Y en dos ocasiones, soñando despierta muy de mañana, entre el sueño y la última siesta antes del amanecer, tuvo una visión de él. Llegó como un punto nítido que la sobresaltó por un instante –el mismo bol que veía todos los días.

Tuvo un año provechoso vendiendo propiedades. La fama se propagó, y pronto se hizo de más clientes de con los que podía sentirse confortable. Albergaba el tonto pensamiento de que si tan sólo el bol fuera un objeto animado entonces podría agradecerle. En ocasiones quería hablar a su esposo sobre el bol. Él era corredor de acciones, y a veces hacía saber a la gente lo afortunado que era al ser esposo de una mujer con tan fino sentido estético que, sin embargo, funcionaba también en el mundo real. Eran muy parecidos, de verdad –estaban de acuerdo en ello. Eran gente tranquila, reflexiva, lenta para hacer juicios de valor, pero casi obstinados una vez llegaban a una conclusión. A ambos les gustaban los detalles, pero mientras que a ella le atraían las ironías, él se mostraba impaciente y

desdeñoso cuando los asuntos se volvían ambiguos o confusos. Ambos sabían esto, y era la clase de tema sobre la que podían hablar estando solos en el auto, camino a casa después de una fiesta o tras un fin de semana con los amigos. Y sin embargo ella nunca le habló del bol. Durante la cena, mientras intercambiaban las noticias del día, o mientras yacían sobre la cama escuchando el estéreo y murmurando incoherencias soñolientas, Andrea se sentía tentada de llegar a ello y decirle que pensaba que el bol de la sala, el bol color crema, era responsable de su éxito. Pero no lo hacía. Ni siquiera podría comenzar a explicarlo. Algunas veces, por la mañana, veía el bol y sentía culpa por mantener un secreto así de constante.

¿Podía ser que existiera una conexión más profunda con el bol, una relación de algún tipo? Rehizo su pensamiento: ¿cómo podía imaginar semejante cosa cuando ella era un ser humano y aquello era un bol? Era ridículo. Sólo hay que pensar en cuántas personas viven juntas, amándose unos y otros... ¿Pero era siempre tan claro? ¿Siempre una relación? Estos pensamientos la confundían, y sin embargo permanecían en su mente. Ahora existía algo dentro de ella, algo real, de lo que nunca hablaba.

El bol era un misterio; incluso para ella. Y era frustrante, porque su involucramiento con el bol implicaba un claro sentido de buena fortuna no correspondida. Habría sido más fácil responder si se le demandara algo en respuesta. Pero eso sólo sucede en los cuentos de hadas. El bol sólo era un bol. Aunque no creyera en ello ni por un segundo. Lo que creía es que era algo que amaba.

En el pasado había conversado con su esposo sobre alguna nueva propiedad que estaba por vender o comprar—confiándole sutiles estrategias trazadas por ella misma con el fin de persuadir a dueños que parecían listos para vender. Y de pronto dejó de hacerlo pues todas sus estrategias

tenían que ver con el bol. Se había vuelto más deliberada al respecto, y más posesiva. Lo colocaba en casas sólo cuando ahí no había nadie, y lo removía tras dejar la casa en cuestión. Y en vez de sólo mover un jarrón o un plato, removía todos los objetos sobre la mesa. Debía obligarse a tratarlos con cuidado, porque no le importaba nada de ellos. Sólo deseaba tenerlos fuera de vista. Se preguntaba cómo terminaría todo. Como con un amante, no existía un escenario exacto sobre cómo las cosas llegarían a su fin. La ansiedad se volvió la fuerza operante. Sería irrelevante si el amante corriera a los brazos de otra, o escribiera una carta antes de partir hacia otra ciudad. El horror radicaba en la posibilidad de la desaparición. Eso era lo que importaba.

Se levantaba por la noche y miraba el bol. Nunca le pasó por la cabeza la idea de romperlo. Lo lavaba y secaba sin ansiedad, y al transportarlo con frecuencia de una mesa de café a un esquinero de caoba o a donde fuera, lo hacía sin temer un accidente. Estaba claro que no era ella la que dañaría al bol. Simplemente lo llevaba, y lo dejaba a salvo sobre una superficie u otra; no parecía que alguien pudiera romperlo. Y un bol, además, es un pobre conductor de electricidad: no sería golpeado por ningún rayo. Y con todo, la idea del daño persistía. No pensaba más allá de eso—de lo que sería su vida sin el bol. Tan sólo seguía temiendo que algún accidente pudiera ocurrir. ¿Por qué no? En un mundo donde la gente dejaba plantas en sitios que no les correspondían, de modo que los visitantes se engañaran con la idea de que esquinas oscuras recibían la luz de sol—un mundo lleno de trucos.

Andrea vio por primera vez el bol varios años atrás, en una feria de artesanías que había visitado en secreto, con su amante. Él la había animado a comprar el bol. Ella no necesitaba más cosas, le dijo. Pero la llevaron hacia el bol y permanecieron cerca de él. Luego se dirigió al siguiente puesto y él fue tras ella golpeando el borde contra su hombro mientras ella pasaba los

dedos sobre una escultura de madera. “¿Sigues insistiendo en que compre eso?” dijo. “No” dijo él. “Lo compré para ti.” Le había comprado otras cosas antes de eso –cosas que le gustaban más, al principio: el anillo negro y turquesa de niño que se colocó el meñique; la caja de madera, larga y delgada hermosamente tallada en cola de milano, que usaba para guardar clips; o el suéter gris y suave con morral. Fue idea de él que cuando no estuviera ahí para tomar su mano, ella lo haría por sí misma, apretando las manos dentro de la bolsa que llevaba enfrente. Pero con el tiempo sintió más apego hacia el bol que hacia cualquier otro regalo. Intentaba negarlo. Poseía cosas que eran mucho más notables o valiosas. Y el bol no era un objeto cuya belleza te saltara de pronto; mucha gente debió seguir de largo antes de que dos personas lo vieran aquel día.

Su amante decía que era siempre muy lenta para saber qué amaba de verdad. ¿Por qué continuar con su vida tal y como era? ¿Por qué ser dos caras?, preguntó. Ese fue su primer movimiento hacia ella. Y cuando ella no se inclinó a su favor, y no cambió su vida para ir con él, él le preguntó qué la hacía pensar que podría tener ambas cosas. Entonces hizo su último movimiento y se marchó. Era una decisión para romper su voluntad, para hacer añicos todas sus ideas intransigentes respecto de honrar compromisos anteriores.

El tiempo pasó. Sola y de noche en la sala, con frecuencia observaba el bol sobre la mesa de café, callado y seguro, sin iluminación. A su manera era perfecto: un mundo partido en dos, profunda y suavemente vacío. Cerca del borde, incluso bajo la luz oscura, el ojo se movía hacia un pequeño destello azul, un punto de fuga sobre el horizonte. **HC**

► ANN BEATTIE nació en Washington DC en 1947. En 1976 publicó su primer libro de cuentos, *Distortions*, y a partir de entonces ganó la atención de los críticos y el gran público al compararse su trabajo con el de autores como Alice Walker o John Cheever. “Janus” se publicó por primera vez en *The New Yorker*, en 1985. Al año siguiente formó parte del libro *Where You’ll Find Me*.

2 0 0 3 (primera parte)*



YO lo miro a Sisca de reajo y pienso como si Sisca pensara: está más gordo, sigue fumando, trabaja en un estudio jurídico y cree en Di-s. A veces debo aspirar con fuerza para que los mocos retrocedan. Es un gruñido áspero, de cerdo, que me habilita los gargajos que después lanzo lejos, a un costado, con la habilidad de los futbolistas. Sisca también está resfriado pero se traga los mocos, y sé que le molestan mis modales pero esto es Buenos Aires, le digo sin decirle. En Londres nadie saliva, habrá de estar tácitamente prohibido, pero acá no, le digo. Acá las cosas se hacen así, sin esconder absolutamente nada, Sisca. Y yo creo en Di-s, soy católico, apostólico y romano, estoy en contra del uso de los anticonceptivos, vivo en un barrio lleno de peruanos y voy por mi tercer hijo (Le digo). Querría surtirle cosas como ésas pero no lo hago. Sisca me aprecia, no sé por qué pero me aprecia. Lo miro de reajo y pienso en su escándalo. Ahora sacó un pañuelo blanco con la S de Sisca, se suena la nariz, qué frío de mierda, murmura, y sólo en eso podríamos llegar a ponernos de acuerdo, pienso. Buenos Aires no es una ciudad buena para la salud. Por eso mi vecina Hamesd viaja con los primeros fríos a Norteamérica. Hamesd tiene más de ochenta y uno pero parece una mujer de casi setenta. Norteamérica la conserva con sus primaveras y veranos.

Vengo respondiéndole preguntas a Sisca acerca de mi vida de casado. Me pregunta por la

frecuencia con la que mi mujer y yo fornicamos. Me pregunta si me masturbo. Me pregunta sobre la fidelidad en el matrimonio. No creo que le importen verdaderamente esos temas desde un punto de vista sociológico o periodístico. Lo que Sisca busca indagar es mi vida. Siempre le impresioné una curiosidad y ahora que pasaron dos años sin vernos ni escribirnos supongo que hundirse en los motivos profundos de mis cambios -el casamiento, la gordura, el estudio jurídico y mi ferviente devoción por algunos santos - habrá de causarle cierto perentorio grado de interés. Pero la tortilla se le viene dando vuelta desde hace unas diez cuadras y es él el que confiesa su afición por las putas y las novias de a montones, es él el que me detalla cómo cogían las inglesas y hasta cómo se hizo una paja en el baño de la british airways una semana atrás. Mis respuestas son tajantes y creo que ése es su problema.

-¿Cogen mucho?

-No.

-Pero te hacés la paja.

-Tampoco.

-¿Y no tenés otra mina?

-No.

Sisca me detalla sus relaciones en Europa, las fiestas adonde concurrió y fumó marihuana y copuló de a tríos. Sisca me dice que masturbarse es importante, que no lo dejaría por nada del mundo. Y cuando se tira contra los curas y los prejuicios del argentino medio yo le reacciono y le

digo que soy del partido del orden, que no joda, que acá todavía no está legalizado el aborto y que es de las pocas cosas de las que uno puede alegrarse y sentirse orgulloso. Pero como se lo digo impostando la voz, como también levanto el índice, como todavía recuerda que mis padres alguna vez militaron en la izquierda o cerca lo estuvieron él no se atreve a refutarme o a entrar en debates filosóficos, políticos o religiosos. Se esfuerza en imaginar que le estoy tomando el pelo, que no le hablo en serio, ni cuando le digo que soy un ortodoxo, un fundamentalista, un conservadorísimo miembro del Opus Dei. Supongo que mis gargajos también ayudan a que Sisca se esfuerce en pensarme de ese modo. De hecho, me acaba de decir nunca se sabe cuándo hablás en serio, boludo.

-Digamos que estoy acá para darte mi show -le acabo de responder, y no le miento.

Sisca llegó la semana pasada. Estuvo en Londres por una beca financiada por el Foreign Office. Dos años. Fue padrino de mi casamiento por civil y al poco tiempo voló. También colaboró para diarios de España y obró de corresponsal para medios argentinos. A la distancia puedo decir que es un buen tipo, aunque muy engatusado por los cuentos de la modernidad. Es la modernidad la que nos distancia mientras caminamos por la Avenida de Mayo y es también la que nos sigue distanciando ahora que ya hace años que otra vez no nos vemos. No sos vos ni soy yo, hubiera querido decirle en más de una oportunidad. Pero soy un cabrón y un cobarde y jamás me atreví. Es la modernidad, Sisca, las que nos metió en bandos enfrentados. Es la modernidad con todas sus connotaciones sutiles: los lugares donde nacimos, las familias que nos criaron, las ideas políticas. También la espiritualidad. Ni él ni yo pudimos mirarnos con ojos ingenuos y supongo que por eso otra vez nos hemos dejado de ver. La realidad se achica no más interviene el tamiz de las diferencias. Sisca caminando por la Avenida de Mayo años atrás ya tiene un apellido que comenzó a armarse acá en la Argentina y que cristalizó en Europa. Sisca caminando por la

Avenida de Mayo fue novio de su novia, la engañó, se peleó, se hizo de otras chicas, y ahora está de vuelta, más delgado, más moderno, convertido a la religión del progresismo europeo, mientras que yo me quedé con mi chevy, achanchado a sus ojos, sin progresar, casandomé como lo vienen haciendo mis antepasados desde que Santiago, el apóstol de Crist-, pisó España. No hubo evolución en mi especie, sí en la de Sisca a los ojos de Sisca.

Lo miro de reojo y veo que él se cuida de pisar los charcos de la lluvia reciente y calculo que hasta los charcos de Buenos Aires habrán de impresionarle desprolijos y poco novedosos como yo. Después de sus intenciones por saber qué hago con mi vida sexual ha comenzado a comentarme acerca de la revista que vino a dirigir y eso es lo que hace. Yo lo escucho, y mando a juicio a cada una de sus palabras. Se trata de una revista que lee gente como Sisca, como su familia. De esas revistas que las señoras colocan bajo sus mesas ratonas de vidrio, para ofrecer a otras señoras amigas qué ojear mientras toman el té y hablan de decoración, de viajes, de medicinas alternativas. Lo escucho y le pido perdón a Di-s por ser tan hijo de puta. Sisca me habla con dedicación, trata de ser gentil y Silvita me convenció de que si me ha llamado es para tirarme una sogá. Pero igual, lo escucho, lo enjuicio y vuelvo a preguntarme qué hace conmigo. No pertenezco a su mundo, no soy como sus amigos, no muestro ningún tipo de proyección con la que pueda competirle cabeza a cabeza. Somos la lucha de clases en la democracia liberal, esa lucha después de las teorías conflictivistas y la caída del Muro de Berlín. Nació afiliado a la mediocridad, así pienso que me piensa. Se casó, tuvo hijos, los bautizó antes del año, le fue fiel a su esposa, rezó rosarios enteros en los velorios y todavía tiene esas camisas a cuadros, los pantalones holgados o los vaqueros azules, las tristes adidas ochentosas y desteñidas y la raya al costado delimitandolé la cabeza en partes desiguales. Y sin embargo hay algo peor que mis suposiciones contra Sisca: yo. Me doy cuenta mientras

avanzamos por la Avenida de Mayo que, se considere él o no superior a mí, yo también me lo creo. Sos un megalómano de mierda, me digo. Y me contesto, pero joder. Fui del barrio de Flores, soy de Almagro. Estudié de casualidad donde Sisca estudió en una época donde ya era mala palabra pensar en la división de clases. Se trataba del triunfo arbitrario del igualitarismo y quien no se sentía igual debía tener referentes a quién parecersele. Recuerdo que no bien tuve en claro esas máximas comencé a vestirme como Sisca vestía, con treinta centímetros menos de altura, pero igual. Recuerdo también que más tarde me rebelé y volví a mi ropa clasemediera y chata. Él ya había estado fuera y no por una beca sino por dinero en el bolsillo y conocía a las mujeres y al dinero, esa humedad caliente de las mujeres, esa textura reseca del dinero; había pasado su infancia mitad en la Argentina, mitad en la Norteamérica de Hameds, y se había acostumbrado a los autos importados y subido al barco del padre, porque el padre tiene barco, una suma que, en las épocas universitarias, ya marcaba la brecha invisible que no obstante siempre había estado ahí para decirnos que nunca podríamos ser lo que hacia fuera ensayábamos.

Por eso: pueden vernos pasar por la Avenida de Mayo, nuestros codos rozandose, él quitandome dos cabezas y de a ratos riendonos de comentarios mutuos, incluso cómplices, pueden vernos así, pero debajo nada de aquello existe. Las idas y venidas de nuestros discursos son una pulseada para ver quién es más pija, quién es el que la tiene más grande.

-Yo lo voy a ver pero porque él me llamó, no te confundas -le dije a Silvita antes de salir de casa.

-Sos un engreído de mierda. Lo que te mata es el orgullo -me contestó ella.

Sisca me vuelve a preguntar por novedades, por algo nuevo que haya ocurrido en mí o en el país y que él se haya perdido. Yo aprieto el cigarrillo contra los dientes, le sonrío mirando las baldosas, le digo a menos que no te hayas enterado de que el país explotó en 2001 nada intere-

sante para contar, a no ser que estés esperando un hijo, entonces podría darte consejos varios.

Sisca vuelve a reír.

-Te hablo en serio, boludo. No puede ser que sólo estés en un estudio jurídico. Vos escribías bien...

-Pero no alcanza con eso -le contesto. Vos lo sabés mejor que yo.

-Pero no podés ser tan pajero. Tenés que moverte. Nadie te va a venir a buscar -me dice.

-Pasa que no es tan fácil. Me casé, tuve hijos y me faltó tiempo para buscar mirando mis gustos -le explico. No me gané una beca, le quiero decir y callo. No me gané una beca ni tuve tu talento, puta madre.

Son cerca de las diez de la noche. Es miércoles y 2003 y yo ando en mi versión más resentida e hija de puta que recuerde. Después de la lluvia el cielo se abrió y ahí están las estrellas, inútiles. La Avenida de Mayo es su fosforescencia ambarrina y algunos restaurantes entremezclados con bancos, persianas grises y cerradas y dos o tres kioscos abiertos. A veces nos cruzamos con morochos de saquito que disimulan estarse cagando de frío, y ahí Sisca me impresiona vulnerable, así lo quiero pensar. Vulnerable o temeroso.

Sisca nació en otra parte, fuera de la ciudad, donde las casas son de estilo inglés y hay jardines y clubes náuticos y chicas más rubias que las suecas. Sisca nació donde el Río de la Plata es simplemente El Río. Ahí no está la negrada de la ciudad y los pendejos hacen siempre deportes y hasta que no sacan registro andan en bicicleta. Crían otro tipo de piernas los pendejos como Sisca cuando son pendejos, otro tipo de físico que después conservan mientras uno engorda y enferma. Ellos respiran oxígeno en su estado más puro y otros como yo somos parte del paisaje de la negrada acostumbrada a las calles sucias, las cuatro paredes de la pieza, la televisión, la radio, los cigarrillos. Hay cosas peores, me digo. Pero la comparación con las cosas peores es una chicaná, me digo también. Y eso no sirve.

Es un marciano, pienso que Sisca piensa. Es un marciano y no todos los días uno tiene de

amigo a un marciano. Sisca viene de una de las capitales del éxito y aquí tiene una buena dosis del Gran Show del Señor Fracaso. Otros como él consumen drogas o viven infiernos parecidos. Sisca, esta vez, prefiere estar conmigo.

Entramos a un café donde se juega al billar. Es un café histórico. Sisca cree que ahí voy a estar a gusto. No sabe ni le digo que jamás entré a ese café. Tampoco le pregunto en qué guía turística de Buenos Aires leyó que hay que visitar lugares como ése. Calculo que buscó algo típico para nuestro reencuentro, con tangos de fondo, y que con eso quiere darme a entender que extrañó estas cosas cuando estaba en Londres. Pero no termino de creerle su morriña, su saudade. Londres, Nueva York, esas ciudades son la meca de los Sisca. Representan sus parámetros morales, financieros, políticos, culturales. Nacieron mirando al norte y vieron cómo sus padres hacia allí destinaban sus ahorros. Los Sisca cuentan con seguros de vida y de retiro. Nacieron con la misión de añorar esas partes del mundo y por eso no se entristecen con la fosforescencia ambarina de la Avenida de Mayo, todo es "pintoresco". Sisca tiene ojos de turista en Buenos Aires así haya nacido en la Argentina. La Argentina es una puta fácil con la que no conviene ir demasiado lejos. Para ir demasiado lejos hay lugares y de sobra, esos lugares que en avión están a lo sumo a doce horas de vuelo. Pienso, pienso. Soy un tremendo pelotudo. Lo único que hago desde hace años es pensar. Pensar boludeces.

Un mozo con el pelo negro y aplastado por la gomina, grueso, vestido de saco y corbata también negras, nos pregunta qué vamos a tomar. Yo me digo voy a pedir un café, estoy seco, apenas cinco pesos y pará de contar, pero Sisca antes pide una tres cuartos de quilmes. Estamos junto a la escalera que conduce al subsuelo y sus mesas de billar, suena el polaco Goyeneche cantando "Gricel" y yo me voy a enterar por Sisca que por las noches vienen tipos a jugar campeonatos, que de eso vive el boliche. Me voy a hacer el boludo cuando me refiera estas cosas, como si ya las supiera.

Tac, Tac, se escucha. Más Goyeneche. Después nada.

Señalo a un viejo de gorra negra que revuelve su café en una mesa vecina y no me aguanto.

-Ahí estoy yo dentro de cuarenta años -le digo.

Enseguida me arrepiento. Tengo un discurso derrotista que ya no sólo cansa a mi mujer. A mí me tiene las bolas que me las piso. Estás mal, Zamudio, me digo. Me inventé ese nombre. Es un secreto. Me llamo Zamudio para putear a Zamudio y no hacerlo directamente contra mi nombre verdadero. Es 2003 y soy Zamudio. Vengo siendo Zamudio desde que nací, creo.

-¿Y a quiénes viste durante todo este tiempo? -me pregunta Sisca sin mirar al viejo que le señalé. Sisca tiene una camisa blanca y arriba una campera verde militar con la bandera de Alemania. Está con un pantalón de cordero y azul y unas convers también blancas.

-A nadie -le digo-. Con la vida familiar se me hace muy difícil verlos.

Le cuento que mi trabajo está cerca. Se lo cuento así al toque, sin que medie ninguna otra pregunta. Podría seguir yendome en las diferencias enormes que nos desunen, pero sería ya pasarme de la raya.

-Frente a un local de las Abuelas de Plaza de Mayo trabajo -le digo-. Hipólito Yrigoyen entre Sáenz Peña y San José. Al lado de la casa de la provincia de Formosa. Hipólito Yrigoyen antes se llamaba Victoria -le digo también y sé, antes de terminarle la frase, que eso de Hipólito Yrigoyen y Victoria le va a gustar, que lo va a entretener. Sé que por ahí anda lo poco que él espera de mí, de mi personaje-. Tengo un libro que era de mi abuela -continúo-. Un libro con la historia de todas las calles. Por ejemplo la mía, donde vivo, refiere el nombre de un horticultor uruguayo.

Sisca sonríe.

-Boludo, no cambiaste nada -dice-. Seguís usando palabras como "refiere".

El mozo nos trae dos vasos rectos, la tres cuartos de quilmes y tres platitos, uno con maníes salados y sin pelar, otro con palitos y otro

más con papas fritas. Tiene las uñas negras como el pelo, el saco y la corbata.

-Hace poco asaltaron la casa de la provincia de Formosa -cuento mientras el mozo llena los vasos-. Rompieron el vidrio y se llevaron dos computadoras. Y al lado hay una dependencia de no sé qué ministerio, donde entregan pensiones por invalidez. Todos los días ves llegar a la gente más desgraciada. Parálíticos cerebrales, chicos con barbijo y cofia blanca, viejas en sillones de ruedas. Les dan ciento cincuenta pesos si la suerte los acompaña. Este país está hecho mierda, Sisca. Y de noche la zona es jodida. Te conviene tomar un taxi. Yo voy a hacerlo. Ya caminamos bastante sin que nos violen. Enfrente del trabajo tengo un hotel de pasajeros, con dominicanas y travestis que no son el problema, el problema son los tipos que vienen a buscarlos. Los travestis se ve que no tienen plata ni para comprarse máquinas de afeitar. Yo no sé si alguna vez vos viste a un travesti pobre, te juro que te dan ganas de llorar. Una vez uno muy flaco me piropeó y yo me di vuelta y le sonreí. Y las dominicanas están buenas. Son negras tetudas como me gustan.

Sisca me escucha, vuelve a reír. Luego propone un brindis.

-Por el reencuentro -dice.

-Por tu llegada -le digo.

El viejo de la gorra se está durmiendo. Cabecea, abre los ojos, vuelve a cabecear. Hay todavía Goyeneche para rato y del subsuelo llega el ruido de los tacos golpeando las bolas. Tac, tac.

Y fuera la lluvia que hubo borró a la gente de la avenida. Los colectivos ya disminuyeron sus frecuencias. Y se ven pocos autos.

Lo demás es silencio.

-Che, y decime -me dice Sisca -, ¿no te interesaría colaborar?

-Y... -le contesto.

Cuando Silvita me lo anticipó también le dije no te hagás falsas expectativas, hace tiempo que el periodismo me pegó una linda patada en el culo; no sirvo para eso y no veo por qué Sisca me llame para pedirme ayuda. Ella entonces me

puteó, tenía al menor prendido a la teta. Silvita en 2003 suele ser una mujer sin pelos en la lengua, que le dice a Zamudio quién mierda te creés que sos vos; la que lo sostiene cuando una o dos veces por mes Zamudio entra en crisis y le confiesa que quiere ser alguien pero que no sabe por dónde empezar. Zamudio va al psiquiatra porque está deprimido, ésa es la verdad. Una vez cada quince días.

-Mirá, pensé una sección para que vos la escribas -dice Sisca.

Yo bebo toda la cerveza de mi vaso y lo vuelvo a cargar y reincido con la culpa, el sentirme un injusto de mierda que no puede considerar que un esnob, que un agnóstico, que un hijo de la Argentina filoinglesa, disidente y capitalista sea una buena persona interesada en arrojarme un salvavidas, la buena persona que convertí en padrino de mi boda, el compañero dispuesto a zanjar diferencias y prejuicios. ¿Por qué mierda me querés, Sisca?, le pregunto sin preguntarle. ¿Qué cuernos ves en mí que yo no veo?, le pregunto, casi convencido de que su solidaridad es otra manera de mostrarme que él es más pija que yo, que la tiene más grande.

Sisca me dice que mejor bajemos al subsuelo.

-Para entrar en clima -me dice.

Yo llamo al mozo y le pregunto si es posible. El tipo contesta que siempre que llevemos la botella y los vasos, que después pagan.

A mitad de la escalera ya es difícil respirar. Todos fuman. Yo enciendo otro cigarrillo.

-¿Pero cuántos fumás, boludo? -pregunta Sisca.

-Más de veinte -le digo.

-¡Boludo!

Hay luces blancas y fuertes, de tubos fluorescentes y de otras lámparas estratégicamente ubicadas sobre los paños. Hay luces y gradas de no más de tres niveles, con sillas de plástico barato azul o amarillo o rojo, donde se sientan los tipos que esperan y los que vinieron a alentar en silencio, fumando. Y hay parejas por cada mesa, taqueando o a la espera de su turno, mientras un

tercero se encarga de llevar las cuentas del partido en los tableros electrónicos que son como los paneles de una nave espacial imaginada en los años cincuenta.

-Te quiero dar libertad -me dice Sisca con la tres cuartos en una mano y el vaso en la otra-, pero uno de los lugares en lo que pensé fue en éste -me dice-. Es una sección para hacer crónicas, ¿me seguís? Crónicas de lugares de Buenos Aires que sean históricos pero que continúen en el presente.

-Como esto -le digo desdeñoso, marcandolé a los jugadores de la mesa.

-Como esto, sí -me dice-. Pero nada nostálgico, ¿eh? La nostalgia dejala a un costado que no sirve para escribirla.

Después me habla de revistas con nombres en inglés. Dice que en una de Londres vio una idea parecida. Y regresa a la revista donde empezó a trabajar ayer. Ya me dijo algunas cosas, las repite. Especialmente hace hincapié en dos cosas que parece van unidas. Que la revista va a un público de un nivel económico muy alto, que ese público quiere relajarse y no leer las desventuras de por ejemplo cada uno de los jugadores de billar.

-En definitiva no sos una gran firma. No lo soy -se apiada, miente-. Cuando seamos Tomás Eloy Martínez, ok, vamos a estar permitidos para opinar y ponernos en primera persona. Pero mientras tanto no -dice-. Además ésta es una revista que no se mete con los problemas sociales. Es para pasar el rato, te soy claro. Igual se puede sacarle el jugo a lo literario, si querés. Digo, en ese sentido podés volar. Siempre en tercera, pero podés volar. Con las cinco dobles y todas esas boludeces...

-¿Leíste La novela de Perón? -le pregunto.

Sisca me mira. La boca se le arquea hacia un costado. Los ojos le brillan de una manera distinta.

-Sí, hace tiempo, ¿por?

-Nada, curiosidad -le digo -. A mí me gustó bastante -le digo.

Sisca me sirve el culo que quedó de la tres

cuartos. Lo tendría que mandar a la mierda, pienso que Sisca piensa. Pero es un pobre infeliz que no sabe lo jodido que está.

Vuelvo a beber y nos acercamos a la mesa más cercana, donde un gordo de saco azul está hace como diez minutos metiendo carambolas. Su rival lo estudia, con los labios aprieta el filtro del cigarrillo y luego se lo quita con la diestra. La zurda del rival sostiene al palo y el palo el peso de su cuerpo: es un tipo canoso y enjuto, saquito gris, pantalón de vestir también gris. Tiene los ojos claros y en lugar de ojeras un par de bolsitas donde parece haberse guardado los testículos.

Tengo la mirada de Sisca pegada al pómulo pero me hago el boludo, el concentrado en ese juego que no entiendo. Al tac tac de a momentos le sucede el chic chic de los encendedores abriendo las llamas contra la punta de los cigarrillos. Goyeneche viene de muy lejos. Más que estar en el subsuelo, da la impresión de que estamos en otra parte, en otro boliche del centro, seguramente en otra época. Me es fácil imaginarmelo y entonces sí, le hablo a Sisca.

-Si me decís que Perón está en el gobierno ahora mismo te la creo -le digo.

Sisca apoya su palma, no sé cual, sobre mi espalda.

-Eso es lo que quería escuchar. Por eso pensé en esta sección y pensé en vos, boludo -me dice.

-Juá -le respondo-. ¿Te acordás cuando decía que me hubiera gustado nacer en la década del treinta y ser adolescente promediando los cuarenta? Mentía -digo-. Quiero decir, hubiese sido muy poco hombre para esos tiempos.

-Pero peronista, llegado el caso.

-De cagón, no te equivoques, sólo de cagón.

-Bueh, boludo, pero no nos vayamos a la mierda. Si se te ocurre otro lugar para empezar me lo decís.

-Lugares hay muchos -le digo sin mirarlo, mis ojos están en la partida que disputan el gordo y el flaco-. ¿Cuándo cierra el número?

-Tenemos quince días. Si aceptás lo único

que te pido es que no pierdas el tiempo.

-Quince.

-Sí -me dice Sisca y el gordo pierde su turno o gana, no lo sé. Los demás aplauden como en las misas carismáticas. Aplausos contenidos. Como si llamaran desde fuera a los dueños de una casa.

-Es mucho tiempo -murmuro.

-Para vos será. Yo estoy a full. Mañana me voy al sur.

-¿Al sur?

-A los glaciares. Voy a escribir una crónica de los glaciares. Y vuelvo en dos días para seguir editando.

Porque soy más pija, pienso que piensa.

Al cabo regresamos a nuestra mesa. Veo a través de la ventana que se volvió a nublar, que caen las primeras gotas de una de esas lloviznas que empastan las calles y que mueven a mi vecina Hamed a huir hacia Norteamérica.

-Si se larga con fuerza va a estar difícil conseguir un taxi -digo.

El viejo de la gorra puede estar muerto. Metió su cabeza entre sus brazos y la cara contra la mesa. El mozo va y viene por los pedidos de un par de parejas que piden cervezas, picadas, ginebras, y sus ojos eluden al viejo de la gorra, lo que me da que decir se ve que lo conoce, que lo deja dormir hasta que cierran.

Sisca saca del bolsillo de su campera verde el teléfono celular. Me pregunto si tengo idea de algún radiotaxi.

-Te puedo acercar, si querés -me dice-. Y yo después sigo viaje.

-No, dejá -le contesto-, no te queda de camino.

-En serio, boludo, no es problema.

Le dicto el número de memoria de la empresa de radiotaxis que utilizamos con Silvita las pocas veces que salimos con los chicos fuera de nuestro barrio. Sisca digita número a número, da su nombre, aclara que primero bajará un amigo en Almagro, que después él sigue hasta Belgrano. No bien corta le doy las gracias.

-No, boludo, qué gracias, no me cuesta nada

-responde Sisca.

-Gracias por la oportunidad -le aclaro-. Por lo que me estás ofreciendo.

Él me mira. Se ríe. **HC**

► JAVIER GONZÁLEZ COZZOLINO, escritor chicano-argentino, vive en Buenos Aires donde trabaja como escritor fantasma y como editor de *Golpes y Patadas*, revista dedicada a las artes marciales. Forma parte del equipo primigenio de Hermanocerdo vía cable coaxil. Administra el blog Alalá bajo la personalidad secreta de el GES (Gran Editor Sudaca).

A b r i l O l m o s

MULTITUDES



CON menos de dos semanas viviendo en la Ciudad de los Vientos, desempleada, sin dinero, soltera, deprimida y técnicamente huyendo de una decepción amorosa, acudo al llamado de los migrantes para la marcha del primero de mayo.

Fiesta

El ánimo festivo de la manifestación contrasta con mi humor, más bien melancólico. Mientras caminábamos hacia el punto de reunión el ambiente era alegre. He estado en algunas marchas en la Ciudad de México y en Chihuahua, son muy diferentes. No me malentiendan, no trato de comparar y poner una mejor que las otras, porque para eso habría que ver la razón de la marcha y muchos otros detalles. En general, el ambiente relajado, festivo y de camaradería de todos los manifestantes resaltó en mis observaciones, en relación a mis previas experiencias. Tal vez alguien que lea esto ha asistido a alguna de las megamarchas del Distrito Federal que también haya sido alegre, tal vez la última aparición de Marcos en el Zócalo, que me perdí por andar acá, fue de este tipo. No lo sé. En mis experiencias me ha parecido que la indignación rebasa a otros sentimientos mientras marchas por algo.

Cuando los helicópteros de vigilancia bajaban hacia la multitud, la gente gritaba y saluda-

ba, y hacía escándalo; estaba lleno de familias con niños y grupos de adolescentes, en general la gente sonreía. El dueño de unos supermercados (AKA el güero) llevó un camión grande lleno de botellas de agua y una manta que decía "Supermercados El Güero apoya a los migrantes", mientras la gente se acercaba al camión desde donde regalaba el agua todos gritaban y un tremendo alboroto, divertido, relajado, animado, agradable. Pero yo no hablé con nadie, yo fui sola, los amigos que me hospedan no estuvieron ahí. Yo iba de buen ánimo pero no tenía con quien bromear ni platicar.

Mexicanos del mundo, uníos.

Los mexicanos constituían la gran mayoría del contingente. El español era el idioma reinante pero había gente de todas partes, como los irlandeses, con sus camisetas verdes hechas para la ocasión. Ellos iban también muy felices, portando orgullosos su identidad de migrantes antiguos y mostrando su solidaridad hacia los migrantes actuales. Ellos guardan en su memoria la época en que eran el eslabón de abajo de la sociedad americana. Ahora están mejor y algunos apoyan la causa de los otros migrantes, aunque no todos, por supuesto. La Iglesia de San Patricio, por la que pasamos al principio de la marcha, también instaló un puesto para regalar

agua y una manta de apoyo que no fue recibida con tanto entusiasmo como la del Güero, pero se agradece. Además de las familias irlandesas que marcharon, una señora de más de 60 años (no estoy segura de que país era originaria, pero era uno europeo) veía pasar la marcha con un cartel que decía: "My parents were migrants." Esta leyenda era muy común en la marcha, pero la señora agregó una fotocopia con las fotografías de sus padres cuando eran jóvenes. Era un cartel muy expresivo.

Viendo todo esto pensé que me hubiera gustado que la marcha fuera mas diversa, que no fuera sólo de mexicanos, que se viera todo lo demás y que hubieran vitoreado a la Iglesia de San Patricio igual que al Güero; me hubiera gustado oír más idiomas, percibir un poco más de "solidaridad migrante" o "identidad migrante". Bueno, inventar términos puede revelar mis antecedentes socioantropológicos y eso no me conviene para lo que quiero decir ahora. Lo que quiero decir es, yo esperaba una marcha de migrantes, sí, con muchos mexicanos, pero no con regionalismos y nacionalismos. Pero esto es muy difícil de lograr.

Una encuesta de la U.I.C.

Entonces me traicionó el inconsciente, cuando en la encuesta que una estudiante de la Universidad de Illinois en Chicago condujo, respondo algo muy diferente a las expectativas que tenía para la marcha. Me pregunta con qué nombre me identifico (chicano, negro, mexicano, etcétera). No puse latinoamericana, ni ciudadana del mundo, ni transmigrante, dije mexicana. La estudiante me aclaró que podía poner cualquier otro y yo no puse nada más. Fue hasta que la encuesta terminó que me di cuenta que en esa y en otras respuestas en las que fui totalmente sincera, dije cosas que coincidían con el nacionalismo y con el orgullo de la mexicanidad, como que amaba mucho a México y poco a Estados Unidos.

Cuando me preguntó con quién venía tuve

que mentir por vergüenza, y no dije que estaba sola; dije que venía con amigos. En mi mentirilla mis amigos con los que vivo andaban por ahí. ¿Quién más, además de mi, fue solo? Es un poco patético, pero qué le vamos a hacer si yo soy un poco patética. En lo demás conteste la verdad, pero esa pregunta me deprimió.

Luego esas preguntas del ingreso y la ocupación. Aquí estoy, marchando por los derechos de los trabajadores migrantes, viendo pancartas que hablan sobre el trabajo, y yo desempleada. Hace dos años que no estoy inscrita en la escuela y sigo escribiendo estudiante cada vez que me toca responder la pregunta Ocupación. ¿Será mejor estar desempleada en el primer mundo que en el tercero? Quiero tener un trabajo para poder quejarme de que no tengo los mismo derechos que los demás, ¿es mucho pedir? Quiero un sueldo semanal, quiero que me exploten para poder quejarme de que me explotan y hacer algo acerca de la explotación, estudiarla, analizarla, atacarla y luego ir a comprarme algo el día de pago.

The way we were

Acudieron bastantes gringos a la marcha. Además de las pancartas sobre los migrantes, muchos mostraban consignas contra Bush o contra la guerra. Podías ver a una generación joven de izquierda, preocupada por las cuestiones políticas, informada de la situación mundial, y solidaria con las causas justas.

La lucha de los jóvenes universitarios de izquierda contra el gobierno de Bush encajaba perfectamente con el apoyo a los derechos de los migrantes, con el rechazo a las políticas de derecha que tratan de convertir a los trabajadores indocumentados en delincuentes. Y viéndolos a ellos recordé que yo era así hace diez años. No quiero decir que ya no me importe, aún me interesa y tengo claras posiciones al respecto, pero ahora a punto de cumplir treinta, me considero todavía joven pero ya no tan entusiasta; ya no soy la chica que aprendió a usar una lata de pin-

tura en aerosol y una plantilla para renombrar al “Boulevard Díaz Ordaz” como “Boulevard Dos de Octubre” en las protestas en la ciudad de Chihuahua de los noventa. Lo recuerdo ahora como si fuera la prehistoria. Me divertía con los métodos, el compañerismo, el relajo, y sin embargo estaba convencida de lo importante del objetivo y de hacer algo por una causa.

Ahora puedo tener una opinión política, ideas sobre cómo debería ser la sociedad, más información y mejor entendimiento de las cosas; pero que ya no me siento tan entusiasta como hace diez años, cuando gritaba más fuerte.

Digan whisky

Un amigo de México me envió un minuto del discurso de Marcos en el Zócalo. Durante la marcha aquí en Chicago los manifestantes llevaban cámaras digitales y tomaban fotos con sus celulares. La gente que estaba de pie afuera de sus oficinas viendo pasar la manifestación, también tenía cámaras y celulares apuntando a nosotros, además de los fotógrafos amateurs y los profesionales que siguieron la marcha tomando una gran cantidad de fotos. Si reuniéramos todas estas imágenes y nos sentáramos a verlas pasaríamos horas y días sin que pudiéramos decir que lo vimos todo. Y esas fotos van a estar ahí para el futuro, para los que no habían nacido, para los que no estuvieron.

Eso no era posible hace algunos años y ahora es una característica de todos los eventos, de todo tipo de actividad y de reunión. Esto es común a todas las marchas de muchos países. Cuando el amigo que me envió el video me dijo que le mandara fotos no le conteste. Yo aún no tengo cámara ni celular, de modo que no le puedo mandar a nadie una foto en la que salga marchando en el centro de Chicago. No les voy a poder enseñar ningún gráfico a mis hijos o nietos que me ubique en una marcha de 400,000 personas. Y aunque hubiera tenido una cámara, ¿quién me iba a tomar la foto si fui yo sola? Debí tener una cámara y llevarla, debí tener un amigo

y llevarlo, mi amigo debió tomarme una foto y yo a él, como debe de ser.

Al final, en una evaluación más o menos objetiva, mi vida es difícil pero podría ser peor, me siento un poco deprimida, pero podría estar más grave y requerir medicamentos. Estoy sola, pero no tanto. Al final, fue impresionante ver que casi medio millón de personas faltaron a sus trabajos y a la escuela y caminaron juntos porque quieren que las cosas sean mejor en sus vidas, porque quieren que los demás sepan, que son muchos, que son fuertes y que están juntos. Yo también marché. **HC**

► ABRIL OLMOS nació en la ciudad de Chihuahua en 1977. Estudió psicología y antropología, y se encuentra enfrascada en un intento desesperado por terminar su tesis de maestría en antropología para el posgrado de la UAM Iztapalapa. Actualmente radica en Chicago, Illinois, como parte de un experimento antropológico que combina la experiencia migrante, la depresión postruptura y la destrucción del sueño americano.

Daniel Espartaco Sánchez

EL DÍA MÁS FELIZ EN LA VIDA DE MIGUEL HABEDERO*



VERANO de 1963, cuando en la ciudad de Chihuahua los jóvenes encendían sus radios de onda corta para escuchar el hit que de costa a costa sacudía a los Estados Unidos: *Heat wave*, interpretado por Martha Reeves and the Vandellas. Los que no tenían radio de onda corta podían escuchar por las noches Radio Oklahoma con un aparato convencional en las afueras de la ciudad, junto al estadio de *Los Dorados* y frente a una noche oníricamente estrellada de esas que cuelgan sobre el suave pasto de la infancia y de los primeros deseos ilícitos. Una noche calurosa entre el zumbido de los moyotes y la relojería de los grillos con noticias lejanas de una civilización distinta donde los muchachos bailan ferozmente y conducen enormes y brillantes autos y todo lo que puede imaginarse a través de esas ondas venidas desde otro planeta, el sonido de la joven América, es brillante y metálico y nuevo; increíblemente nuevo y envidiable:

*Love is like a Heat Wave
Burning in my heart*

En el ensueño de un adolescente una nación cimbrada hasta los cimientos por bellos muchachos y muchachas que bailan en las calles de Los Ángeles o Detroit, *the motor city*, con chaquetas de cuero y pantalones ajustados. Son hermosos y hacen gestos obscenos con el pudor intermi-

tente de una sexualidad implícita que se resuelve solamente en jadeos y en pasos de baile.

Miguel Habedero terminaba el último año de secundaria y le gustaban las voces negras que se escuchaban: mujeres de piel morena y peinados altos, largos guantes de satén, como aparecían en las portadas de la revistas que su padre traía desde Estados Unidos dos veces al año por encargo de su hermana Teresa, que emulaba también sus peinados y vestidos mientras aprendía a cortar el pelo en un instituto para señoritas. Estudiaba para peluquera; en aquel entonces aún no se usaba el término estilista.

La hermana que Miguel Habedero vio besar cada semana con un tipo diferente pero cortado del mismo molde; que ya ganaba su propio dinero y había ahorrado para comprar un tocadiscos que nunca le prestaba y donde escuchaba los discos que también su padre le traía desde los Estados Unidos, California, donde iba a trabajar de bracero dos veces al año: durante la primer cosecha del tomate y, a finales de septiembre, la cosecha de la uva. La hermana de Miguel, alta, muy alta, tanto que le era difícil encontrarse con chicos de su estatura, aunque siempre se las apañaba con más trabajo que las demás; con su enorme espalda un poco echada hacia delante: era su posición natural cuando se descuidada un rato mientras fumaba un cigarrillo en su cuarto con la mano enguantada y a escondidas de su madre.

Miguel ya había terminado de leer la colección completa de Zane Gray que su tío le había prestado. Y ahora llevaba bajo el brazo y a escondidas de su madre el *¿Qué hacer?* de Lenin. El compañero de escuela que se lo había prestado le había dicho que no debía mostrárselo a nadie porque podían acusarlo de comunista, y los comunistas, decía su compañero, son muy malos, y ese era un libro prohibido; le hablo de alguien al que su padre le había dado una golpiza tan sólo porque lo encontró leyendo el *¿Qué hacer?* en el baño. Ahora mismo te diré qué hacer, le dijo su padre, y lo sacó a patadas de la casa. A Miguel le gustaban las cosas prohibidas pero repasaba una y otra vez las páginas sin encontrar nada claro entre las parrafadas que traían a cuento una verdad apenas cognoscible y por medio de la intuición encontraba alguna que otra oscura respuesta.

Era verano y los chicos dejaban en presencia de su severas madres los zapatos más nuevos para jugar descalzos saltando de una sombra a otra pues los rayos del sol caían tan fuerte que se podía guisar un huevo sobre el pavimento, decían, aunque nunca nadie fue lo suficientemente asertivo como para comprobarlo. El termómetro, decían en la radio, marcaba cuarenta grados centígrados a la sombra.

Los que tenían un par de zapatos más viejos o tenis *Superfaro*, la versión mexicana de los *Converse*, se agrupaban en el llano donde unas piedras marcaban las tres bases y el home, y donde alguien, en otra época más lejana, se había tomado la molestia de agrupar un montón de tierra para la zona de picheo.

Cuatro de la tarde. Miguel miró con tristeza y a través de las cortinas, de fondo el trasteo de su madre, cómo los demás muchachos se juntaban en la esquina de la cuadra. Su padre ya no estaba en casa. Cada dos semanas llegaba una carta desde California.

Comenzaba oficialmente la temporada de béisbol. Tenía en sus manos un guante nuevo y unos tenis *Converse* completamente blancos. No se decidía a ponérselos. Se los había traído

su padre, previa solicitud, desde la navidad pasada y desde entonces se había contentado con mirarse en el espejo, conciente de la envidia que podían despertar, pero sobre todo, culpable.

Suena paradójico decir esto pero no eran comunes los guantes de béisbol en el campo de béisbol. Luis Moya, el mejor fielder del equipo, cachaba las pelotas con la gorra y algunas veces con la mano desnuda. Nunca, hasta esa tarde, había dejado caer una bola. Cuando la bola era alta, Luis necesitaba el visor de la gorra para ubicarla y un segundo antes de que la bola llegara a la altura de su cabeza se quitaba la gorra rápidamente y se la colocaba en la mano derecha y la atrapaba. Esto sucedía en un segundo, una milésima de segundo, decían otros, sus admiradores.

El equipo de Miguel, *Los Tigres*, era patrocinado por *Frutería el tigre*. Miguel era el noveno bateador; es decir: era un pésimo bateador porque el equipo sólo tenía nueve jugadores y en la defensa le habían puesto de fielder central porque en el béisbol llanero era muy difícil que una bola se fuera en esa dirección. Luis Moya estaba de jardinero izquierdo y siempre que era necesario, lo cubría.. Luis Moya no usaba zapatos y se barría en la base como si tuviera las plantas de los pies del grosor de un neumático. Tenía unos pies grandes. Miguel, que ya había leído *Las aventuras de Tom Sawyer*, pensaba en Luis Moya como en una especie de Huckleberry Finn (y él por supuesto era Tom Sawyer).

Se encaminó con timidez detrás de los otros muchachos para que no notaran sus tenis nuevos. Tener zapatos nuevos significaba un pisotón por cada uno de los miembros del equipo; tenis *Converse* significaba la muerte, cierta clase de desprecio, rencor de clase, envidia de la buena y libre de cualquier reticencia. Llevaba el guante escondido en la espalda.

El grupo iba unos metros más adelante. Los uniformes limpios y un poco desgarrados, salvo el de Luis, que estaba sucio y más desgarrado que el de los otros. Luis le hacía señas de que se acercara. Miguel era el favorito de Luis, todo

sabían que meterse con el uno significaba meterse con el otro. Miguel estaba enamorado de ese voluble muchacho que oscilaba entre la más inverosímil nobleza, con su código no escrito, y la más intensa mezquindad con su todo se vale. Luis Moya ya tenía un bigote ralo. Era por Luis Moya que Miguel estaba en el equipo y a cambio le leía las historietas del *Llanero solitario* sin cobrarle. Luis Moya no sabía leer muy bien pero había llegado hasta sexto grado porque repetidamente su padre amenazaba al profesor en turno con una pistola:

-Pinche Miky -le dijo. Fue el primero en notar los tenis- ¿Son Converse?

-No -mintió.

-No es cierto, son Converse -dijo otro muchacho acercando uno de sus tenis *Superfaro*, roto y mugroso, que contrastó de una manera demasiado penosa contra la blancura del tenis de Miguel; a pesar de que los había ensuciado deliberadamente y había hecho el camino levantando la tierra.

-Son Converse -dictaminó otro-. ¿Te los trajo tu padre?

-Sí.

-Pa' que te duren -dijo el cácher, y le dio un pisotón, dejándole una marca que en ese momento Miguel agradeció, en estado de gracia, como el mártir recibe el castigo.

-¿Y qué traes atrás? -dijo Luis Moya.

Mostró aún más avergonzado el guante que olía a nuevo; que podía olerse a un kilómetro de distancia, pensó, sólo para delatarlo. Se había pasado toda la mañana pisoteándolo para ablandarlo y para que pareciera que tenía "historia".

Alguien soltó un chiflido.

-No te lo mereces -dijo alguien más.

-Pinche Miky.

Los muchachos siguieron caminado rumbo al campo sin dirigirle la palabra, intentaron cambiar de tema. Ni siquiera lo miraban. Se morían de envidia, incluyendo a Luis Moya que en ese momento no estaba en su faceta caballeresca. Miguel sintió que el guante le pesaba demasia-

do. Le dolía el rechazo, especialmente el rechazo de Luis, el Huckleberry Finn de la cuadra. Se sentía violentado, casi a un paso de llorar, como corresponde a todos aquellos que están enamorados y no son correspondidos. Esa sensación de abandono que se sabe momentánea pero no es más soportable por eso.

El partido era contra los *Chachitos de Chihuahua* (los lugareños pronunciaban la che como la *sh* inglesa), que vestían vistosos uniformes de color rojo; uniformes reales de béisbol, camisolas, no como lo que les proporcionaba la frutería *El tigre* a *Los tigres* -una gorra y una camiseta-, también conocidos como los *Tygers*, porque en inglés sonaba más temible. El número en la espalda tenían que hacérselo ellos mismos. La madre de Miguel le había bordado el nombre Habedero en la espalda y también el número nueve.

Incluso los miembros del equipo contrario suspiraron al ver el reluciente guante de Habedero:

-Qué pasito tan chiquito pa' tamaño zapato -te -dijo uno.

-Luis -dijo Habedero-, toma mi guante, te lo presto. Tú lo vas a usar más que yo.

-¿De veras?

El rostro serio y curtido, con bigote y todo, se alegró y volvió a tornarse infantil. Era fácil ganárselo, bastaba con invitarle un refresco o pagarle la entrada al cine para ver *El Piporro contra los monstruos del espacio*.

En los dos primeras entradas *Los Chachitos* de Chihuahua habían anotado cuatro carreras y *Los Tigres* dos. Luis Moya dejó escapar un par de outs porque no se hallaba, dijo, con el guante del pinche Mike:

-Toma -le dijo-, yo no sirvo para estas chingaderas.

El picher de *Los Chachitos de Chihuahua* (el pisher de los *shashitos* de *shihuahua*) era el hijo del dueño de la fábrica de *Chachitos*, que eran básicamente granos de trigo inflado con azúcar y vainilla. Y también era el único de su equipo en llevar un guante de béisbol. Era famoso en toda la ciudad porque era la voz del niño en el

comercial de radio, una referencia necesaria y universal:

-Mamá, ¿me das mis chachitos con leche helada? -decía el niño (*shashitos con leshe helada*).

Las madres hacían una pausa en la cocina para subir el volumen del radio pues era muy chistoso el comercial, decían, aún cuando lo habían escuchado miles de veces.

Y una voz de mujer le contestaba (se rumoreaba que la voz femenina del comercial era la amante de dueño):

-Ahora no, niño, estoy ocupada. Deja de molestar o te voy a dar tus coscorrónes.

-Mamá ¿me das mis chachitos con leche helada?

-Te digo que ahora no, niño. Cállate o te voy a dar tus coscorrónes.

-Mamá ¿cuándo me vengas a dar mis coscorrónes, por favor, me das mis chachitos con leche helada?

Ya nada quedaba de aquella chillona voz infantil que ahora oscilaba entre la virilidad y cierta jotería; sus frases empezaban en un tono grave y terminaban en un tono agudo. El destino de toda estrella infantil. Eso no impedía que ahí todos le envidaran por ser el niño de los chachitos con leche helada, celebridad local.

Más allá del llano, y después del arroyo, estaba lo que había sido la colonia Campestre. Se le llamaba así porque estaba habitada por campesinos que habían ocupado ilegalmente la tierra. Habedero recordó la ocasión en que fue con su padre a comprar leña -la colonia quedaba de paso- y vio cómo policías vestidos de civil y montados a caballo intentaban desalojar las viviendas. Otros, uniformados y de a pie, sacaban los muebles de las casas e intentaban demolerlas, eran de cartón, madera y acero corrugado. Llegó en un camión un contingente de muchachos entre los cuales reconoció a Ramiro Valles, un vecino de la colonia.

-Ahí vienen los estudiantes -dijo alguien.

Los muchachos empezaron a devolver los muebles y las pertenencias y algunos entablaron

combate con los policías. Siendo imposible presentar combate a los montados, se replegaron.

Habedero veía todo esto a unos cien metros de distancia mientras echaba la leña en la cajuela del auto, un *Ford 45*.

-¿Padre, quiénes son esos?

-Son estudiantes -dijo su padre-, comunistas.

Pasaron junto a la trifulca, Habedero vio como un par de policías golpeaban a Ramiro en el suelo. Los demás comunistas ya no estaban. No había ningún hombre entre los desalojados, sólo mujeres que lloraban histéricamente y otras que injuriaban a los policías, arrebatándoles de las manos sus pertenencias.

-Señora, por favor. No quiero golpearla. Hay que tenerle respeto a las mujeres.

En el suelo el cuerpo polvoso y en posición fetal de Ramiro.

El padre de Miguel frenó en seco y se bajó del auto. Frente a él dos policías con el brazo apoyado en el lomo del caballo contemplaban la paliza que le ponían a Ramiro

-Ramiro -dijo el padre- cabrón, hijo de la chingada. ¿Cuántas veces te he dicho que no andes de comunista?

Ramiro lo miró con confusión a través de las ranuras hinchadas de sus ojos.

-Es mi hijo -dijo el señor Habedero a uno de los policías montados- ya sabe cómo son estos jóvenes.

Los policías se detuvieron en seco. El padre de Habedero siempre había sabido imponerse a los demás. El de a caballo movió la cabeza de arriba hacia abajo en un gesto de comprensión, de que sí, ya sabía cómo eran estos muchachos que últimamente les daba por ser comunistas.

-Ven acá, hijo de la chingada -dijo otra vez, levantándolo y metiéndolo al asiento trasero del auto.

-Ay, Ramiro, ¿pero en qué chingaderas andas metido? -dijo el señor Habedero mientras se secaba la frente con un pañuelo.

Ramiro no respondió. Echado hacia atrás en el asiento, tenía los ojos hinchados y la boca rota

y un hilo de sangre le caía entre el polvo de la frente.

-Voy a dejarte en tu casa.

* * *

Al llegar a la séptima entrada, cuando en los partidos que pasaban por la radio se cantaba *God Bless America*, el resultado del juego era cuatro carreras *Los Chachitos*; dos *Los Tigres*. La temporada apenas empezaba pero bajo el sol de las cinco de la tarde parecía que todo el mundo ya llevaba mucho trecho; se sentían como los veteranos de guerra en las películas. Una regla no escrita era que el equipo perdedor pagaba los refrescos.

A Luis Moya lo habían ponchado en dos ocasiones y en otra le habían marcado el out en primera base. El “chachitoconlechehelada”, apodo inevitable, era bastante bueno y ya en la séptima entrada no daba señas de cansancio. Nada mal para un señorito. Cuando en el grupo que se formaba en la esquina los muchachos hablaban mal de él e imitaban sus amaneramientos, Luis Moya, en su fase caballeresca, lo defendía y todos asentían que se trataba de un elogio merecido, de hombre a hombre, de guerrero a guerrero. Como John Wayne y Ricky Nelson en *Rio Bravo*.

En el centro del campo, lejos, la soledad misma, Miguel esperaba pacientemente la oportunidad de hacer algo. Sólo había estado a punto de llegar una bola pero se la había ganado el *shortstop*. En el *bullpen* el bateador número nueve esperaba el turno que nunca llegaba, por supuesto. Había que esperar el turno, de eso se trataba el béisbol, y de apoyar a los compañeros, y todo eso, y ser asquerosamente optimista o asquerosamente amargado, todo dependiendo de la actitud de Luis Moya que en ese momento se debatía en una serena autoconfianza.

Recordó las tiras donde Charlie Brown espera con el guante extendido a que caiga la bola. Si logra atraparla su equipo gana el campeonato. Cuatro o cinco tiras donde Charlie Brown es-

pera pacientemente a que caiga la bola, y Lucy, y Linus, y ¡Snoopy! lo presionan. *Good Grief*, dice Charlie Brown, cómo demonios me metí en esto. Se imaginó a sí mismo en esa situación. Gracias a Dios el equipo era tan malo que nunca llegaría a la final.

Los chachitos, la fábrica de cereal, también era el patrocinador de la liga y por eso se transmitía por radio y al final de cada juego se les daba a los participantes sendas bolsas de chachitos con el eslogan ya clásico: cachitos con leche helada; sólo equiparable a toma coca-cola bien fría.

Habedero, a punto de sufrir una insolación, trataba de fingir que su atención estaba puesta totalmente en el juego, mascando un chicle sin sabor o escupiendo al suelo como hacían los demás; como había visto que lo hacían los profesionales cuando su padre lo llevaba a ver a *Los dorados*, que por cierto siempre perdían, especialmente con *Los asaderos* de Villa Ahumada y *Los Mineros* de Parral. Se sabía observado por Luis Moya y no quería decepcionarlo aunque fuera en eso: en la actitud que había que mostrar en el juego; una actitud estoica y ruda: las piernas bien abiertas, la gorra sobre la frente, como los vaqueros en las películas, y ahora que tenía el guante se daba el lujo de golpearlo con la otra mano o de colocárselo en el sobaco para acomodarse la gorra y tronarse el cuello. Había que escupir, quedarse deshidratado ahí mismo de tanto escupir.

Pero su pensamiento estaba en otra parte: en las cartas donde su padre hablaba de que estaba organizando a un grupo de pisqueros para exigir mejores salarios; en Charlie Brown; en cómo había tratado inútilmente de ingresar a la Juventud Comunista. Su padre era un poco comunista, no lo negaba. Decía que en Rusia la gente vivía mejor, que ahí todos tenían un piano e iban al teatro a ver el ballet. Pero también, algunas veces, decía que los comunistas estaban locos. Sentado junto a él, idolatrándolo en silencio, lo miraba pasar las páginas de una novela de detectives.

Después de lo visto en la colonia Campestre

cualquiera pensaría que al ver el rostro deformado por los golpes de Ramiro Valles, cualquier muchachito pusilánime como Miguel Habedero consideraría seriamente los riesgos de militar en el comunismo. Pero ese día descubrió algo que nunca antes había experimentado ni sentido medianamente cerca: la idea de la heroicidad y lo sublime.

Y llegó a la conclusión casi inconsciente de que ser comunista era como ser un santo. Pero también había una idea de lo justo, una idea sublime e intoxicante. Mucho tiempo después se enteró de que le llamaban “sentimiento oceánico.”

Luis Moya corrió hasta la línea de cal donde se marcaba el fin del campo y capturó una pelota, demasiado cerca del área que le correspondía a Habedero, y celebró la jugada bailando polka con los brazos extendidos como si tuviera una pareja. El primer guiño, la primera visión de su hermosa dentadura fue para Miguel, que lo contemplaba extasiado y lo saludaba con la gorra.

Tercer out. Terminaba la parte baja de la séptima entrada.

Se enteró de que los comunistas estaban organizados un poco como la iglesia católica, por jerarquías, y de que antes de pertenecer a la clase eclesiástica había que pasar por un noviciado.

Ramiro Valles y tres de sus amigos eran poseedores del secreto y se juntaban en el billar de la calle Aldama. Tenían una célula y un círculo de estudio llamado “Hernán Laborde”. Con el rostro de conspiradores despreciaban a los chicos y a las chicas que se cruzaban en su camino. Ellos salían con chicas comunistas solamente, de aspecto hombruno y desaliñado, y podía saberse a qué organización pertenecían por los libros rojos que sobresalían en los bolsillos traseros de sus pantalones. Hablaban en una extraña jerga y tenían apodos como los demás, sólo que raros e incomprensibles y se llamaban entre sí, medio en broma, medio en serio, con términos que hasta entonces Habedero no había escuchado, al menos no como insultos:

-Pinshe burgués -decía uno.

-Pinshe reformista -contestaba el otro.

-Shinga tu madre, pinshe socialshovinista de la shingada.

-Camaradas, camaradas -decía Ramiro Valles-, hago un llamado a la reconciliación.

Hablaban de marxismo, de la dictadura del proletariado y habían aceptado a Miguel Habedero, el hijo del tipo que había rescatado a Ramiro Valles -un simpatizante, había dicho uno de ellos-, como parte del mobiliario. Ser parte del mobiliario no significaba ser solamente equiparable a la mesa de billar y la rocola sino no representar una amenaza para la seguridad del grupo; Habedero no era un soplón y eso ya era un buen inicio, le dijeron.

Pero cuando la reunión en el billar terminaba, Ramiro y su secuaces se despedían presurosamente para reunirse de nuevo en oscuros sótanos o en pequeños cuartos donde emprendían diligentemente y con cuaderno en mano, entre el humo de los cigarrillos, el estudio de los clásicos marxistas; o para discutir las nuevas ideas revisionistas que llegaban desde Europa, decían. Habedero era excluido, todavía no era poseedor del secreto. Y para ser merecedor tuvo que buscarse por medio de otro intermediarios los libros que ellos comentaban entre dientes y que no le querían prestar porque aún no era tiempo: *¿Qué hacer?*, *El Estado y la Revolución*, *Así se templó el acero*, *La joven guardia*, de los cuales sacó mucho o poco, casi nada.

En la octava entrada lograron el empate cuando Moya conectó un imparable por el centro donde nadie se lo esperaba y donde también el equipo contrario tenía a su peor jugador, un chico solitario que ni siquiera se preocupaba por salvar la apariencias, pensó Habedero, y se sentaba en una piedra a escuchar un radio con una bolsa abierta de chachitos que comía con el puño y sin leche helada; un heterodoxo, además. El *shortstop* de *Los Chachitos* titubeó un poco y Luis Moya logró meter un par de carreras empujando al bateador anterior que esperaba pacientemente en la segunda base. El “chachi-

tosconlechehelada” arrojó su guante al suelo y lo pisoteó y maldijo y miró hacia la mal clavada e improvisada tribuna donde su padre lo miraba en silencio fumándose un cigarrillo junto a un locutor de radio emocionado que no temía perder su trabajo.

* * *

Mayo de 1963. Su padre se va una vez más a California. Faltan dos semana para dejar la secundaria y ha aprobado el examen de la preparatoria. Durante la cena todos están callados y escuchan el radio. Se escucha el ruido de un coche, Teresa entra en la cocina con un peinado alto y un vestido nuevo. Cenar frijoles y tortillas. Su padre se fuma un cigarrillo después de la cena y se toma una cerveza. Hace calor. Lleva una camisa a cuadros remangada. Su brazos son anchos, el padre de Habedero huele a sudor y a tabaco; la madre limpia una ración frijoles para cocer (su madre tiene una olla express, la piedra angular para ser una moderna ama de casa, promete la publicidad). Su hermana se queda ahí de pie, recargada en el marco de la puerta. Es un momento de tristeza callada porque el padre regresa a California. Tiene un permiso temporal de trabajo del Departamento de Migración de los Estados Unidos. El padre termina su cigarrillo y le sirve un poco de cerveza a su hijo. La cerveza antes le sabía mal pero poco a poco se ha ido acostumbrado. Es una noche calurosa y los insectos giran alrededor de la bombilla. La hermana de Habedero le da un beso a su padre en la frente y éste la abraza por la cintura, luego se encierra en su cuarto.

Habedero tiene que dormir en la sala en un catre. Al poco tiempo se escucha el ruido del tocadiscos, la canción es una vez más *Heat Wave*, uno de los sencillos que su padre trajo.

Habedero había estado pensando en plantearle a su padre que le comprara un tocadiscos, pero después de la experiencia de esa tarde, cuando vio a los policías destruir las casas de la colonia Campestre, le parece algo egoísta. Después de ver a los comunistas, sueña, acaricia la

idea que lo perseguirá toda su vida: ser un santo. Es acólito en la iglesia del sagrado corazón de Jesús, pero ya no encuentra nada sublime en prender velas y entonar canciones en una lengua que desconoce por completo. Se contenta con el radio portátil que le regalaron en Navidad y se despide de su padre y sube a la azotea y enciende el radio.

Radio Oklahoma, dice el locutor. Fue idea de su padre que tomara clases de inglés y cada semana va con la gringa que vive en el remolque junto al llano y le paga 50 centavos la hora. Es una gringa pobre que está medio loca, pasa de los sesenta años.

Radio Oklahoma, dice el locutor.

Su padre le grita desde abajo que no tarde mucho y que no ponga el volumen del radio muy alto, y lo escucha entrar a la habitación de Teresa y decir lo mismo. La música de abajo cesa pero por casualidad radio Oklahoma transmite *Heat Wave*; *Heat Wave* no cesa; *Heat Wave* es eterno, de costa a costa:

*Love is like a heat wave
Burning on my hearth*

Y una vez más imagina la joven América sacudida por esa canción. Adolescentes hermosos y frenéticos como en las películas, trazando intrincadas y espontáneas coreografías, tronando los dedos; con pantalones ajustados que les llegan a los tobillos y hermosas mujeres vestidas como su hermana; mujeres “fáciles” que se dejan besar en rincones oscuros, como su hermana. Besar, piensa, como un anhelo, una idea abstracta a la que también renuncia por la santidad no sin antes dejarse acariciar por ella.

Radio Oklahoma: el sonido de la joven América.

Ahí estaban como una ensoñación, el guante y los *Converse*, los objetos que aquella extraña, vieja y a la vez nueva civilización, arrojaba a sus pies como si fuera el mar, y Habedero ese chico que mira hacia el horizonte y camina descalzo sobre la playa. Objetos hermosos bellamente

acabados capaces de comprar un conciencia titubeante. Y ahora estaba confundido, con todo lo que llegaba. Porque había una guerra fría ahí afuera y los rusos eran los buenos, o al menos eso era lo que su inclinación natural le sugería. La vida, se dijo, es decidir entre la austeridad y el hedonismo; entre el sonido de la joven América y la marcha nupcial del hombre nuevo y el trabajo.

* * *

Mantuvieron el empate 4-4 hasta la parte baja de la novena entrada. En la parte alta hubo un imparable de Luis Moya que el *shortstop* se encargó de finiquitar; antes un out en la primera base; después un hit que llevó al bateador a primera y otro hit que colocó ya dos jugadores para terminar todo con un glorioso punch out.

Sólo quedaba defender.

En el rostro curtido por el sol de Moya podía verse la confianza de la que dependía su equipo. Una bandada de ruiseñores rompió la tarde, el sol estaba puesto en el horizonte. Las sombras largas se proyectaban sobre el llano. Habedero contempló su sombra y le pareció que no era una sombra de la que podía enorgullecerse, demasiado flaca y deforme; no era una bella sombra como la de Luis Moya que le sonreía a su derecha. Era el jugador perfecto y todo dependía de él; Habedero era el espectador, el cantor de sus hazañas.

El primer out vino inmediatamente en la primera base; Habedero se sintió decepcionado, esperaba una gran jugada, aunque se tratara del equipo contrario. Se suponía que tenía que ser un momento sublime y una vez más las circunstancias le traicionaron. Cuando vino la base por bola Luis Moya le gritó:

-Ese cabrón esta pichando con las patas.

Una pelota vino rodando hacia él y sabía que todo estaba en sus manos. Titubeó.

-Segunda, segunda -gritó Luis.

Pero cuando la bola llegó a la base, el jugador ya estaba en la tercera y ponchaban al tercer bateador que intentó inútilmente regresar a pri-

mera en lo que pudo haber sido un doble play. Un hermoso doble play. La culpa, pensó Habedero, había sido también del segunda base que no mandó la bola a tercera.

Luis Moya estaba sentado en el piso con las manos en la cara. Su sueño, recordó Habedero, era jugar con *Los Dorados* y poner un taller mecánico.

Pensó en Charlie Brown bajo la lluvia, en la soledad de la loma. Charlie Brown, increíblemente solo, despreciado por todos. Ni siquiera su perro confiaba en él. ¿Hay algo más triste que hasta tú propio perro dude de ti? Y pensó en el título del libro que su padre le había traído para que practicara un poco de inglés: *But we love you, Charlie Brown*. Pero nosotros te amamos, Charlie Brown. Nada más falso.

Cuando vino el hit por la derecha, Habedero observó cómo entraba la carrera y cómo *Los Chachitos* celebraban y comenzaron a desplegarse rumbo a las gradas donde estaban ya dispuestas las bolsas de chachitos y los platos y las jarras con leche helada, mientras el locutor elogiaba las cualidades nutritivas del producto.

-¿Pero qué les pasa? -gritó Luis Moya-. Este pinche partido todavía no se acaba. Falta un out.

-Ya perdieron -dijo uno de *Los Chachitos*.

-Falta un out -dijo Luis Moya, con los dientes apretados.

El "Chachitoconlechehelada" se detuvo en seco y calló a su equipo. John Wayne y Ricky Nelson.

-Falta un out -volvió a decir Luis Moya, lloviendo de rabia.

-Sí, falta un out -le contestó. Y volvió hacia la caseta que era también bullpen, un techo de lámina tambaleante sobre cuatro columnas de madera y una banca.

En el área de bateo estaba ya el cuarto bateador, que era zurdo. Todos sabían que el único pítcher de *Los Tigres* estaba agotado y que el resultado forzosamente tenía que ser un hit. Pero el hit tardó en llegar, primero hubo dos bolas, un foul y un strike. Y luego la bola rebotó por el

centro hasta el reluciente guante de Miguel Habedero que corrió a su encuentro. El *shortstop* estaba tan agotado que la bola casi pasó por en medio de sus piernas. Habedero sabía que jamás podría atrapar una bola en el aire, pero que esa que venía a su encuentro era suya, aunque ya nada importara en realidad. No era él el que iba hacia la bola, era la bola la que venía directo a su hermoso guante sólo para embellecer su delgada figura por un instante y cuando guante y bola estuvieron juntos la lanzó a primera base donde no había la necesidad de que un ampayer marcara el out. *Los Chachitos* gritaron y corrieron rumbo a las gradas.

-Nos deben los refrescos -grito uno.

Y Habedero se quedó sobre el campo con el sol a sus espaldas y la sensación en la mano enguantada de haber tenido la bola por un momento.

-Muy bien, Miky -dijo a sus espaldas Luis Moya.

Pero ya no importaba.

No ganaron el campeonato; no ganaron el partido. Luis Moya jamás llegó a jugar con *Los dorados*.

El viento soplaba en las calles y el sol en el horizonte estaba completamente rojo y difuminado por el polvo. Y con él, la extraña conciencia que algunas veces nos alcanza y nos dice que es el fin de algo, del mundo tal vez; inevitablemente, el fin.

Cuando llegó a casa encontró a su madre preparando las maletas y a su hermana llorando en la cocina. Le señaló una carta abierta sobre la mesa. Era de su padre. Escribía desde Tijuana. Lo habían deportado y estaba en un hospital convaleciendo.

-Prepara tus cosas, Miguel -le dijo su madre-, nos vamos de viaje. **HC**

► DANIEL ESPARTACO SÁNCHEZ nació en Chihuahua, Chihuahua en 1977. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Es subdirector de *Hermanocerdo*. Al momento del cierre le han avisado que es el ganador del Premio Nacional de Cuento Gilberto Owen, 2006.

L u i s M o r e n o

EL SEÑOR RANA Y LOS OTROS*



UNOS cincuenta aparatos de metal y goma negra, con sus enganches, poleas, cuerdas y articulaciones, aparecían a través del cristal, iluminados por la primera luz de la mañana. Me paré a observarlos desde afuera; reposaban indiferentes al sudor de los hombres y las mujeres que vendrían, más tarde, a estirar, doblar y retorcer sus miembros sobre ellos.

Yo caminaba sin propósito, tapado con la manta que me había llevado puesta desde la cama, pálido en la madrugada insomne. Me sorprendió el zumbido de los fluorescentes en los aparcamientos, siempre encendidos aunque nadie se acercara por allí, y la desolación de las butacas azules del Recinto de Congresos, sus incontables hileras perfectas y el suelo de moqueta gris, sin una mota de polvo. En el hall, las máquinas de coca cola y de chocolatinas. Y a pocos pasos de allí, los vastos pilares del Edificio Recreativo, con su bolera de 40 pistas desierta, el karaoke vacío, los reservados silenciosos y las pistas de squash, tennis y paddle con sus suelos brillantes y pulidos, borrada ya toda huella del día anterior. El agua de la piscina perfectamente detenida, el salón, la sala de fiestas, y el centro social iluminados por pequeñas luces rojas permanentes; unos enormes y mullidos sofás formando círculo, con montañas de cojines y revistas que aconsejaban cómo interpretar encuentros sexuales prematrimoniales.

Una amalgama de hormigón, silicio, vidrio

y felpa; ladrillos y sillares que simulaban gótico. Arcos y ventanitas de madera, contenedores de basura, paneles de corcho: “se necesita voz barítono para el coro de gays, lesbianas, y transgénero”.

Llegué a la estación de tren, como por casualidad. Me senté en un banco, tembloroso. No se oía más que el viento, y la puerta abierta del baño de mujeres, que de vez en cuando chirriaba. Cuando el primer tren iba a salir, media hora más tarde, la conductora se acercó hasta mí para averiguar si iba a subir o no. No había ningún otro pasajero a quién preguntar.

Un par de meses antes, yo me había sentado a esperar en ese mismo banco de la estación del campus, con el bullicio de la hora punta y las manadas de estudiantes pululando en lo que todavía era un soportable fresco de principios de octubre. Del tren se había apeado Rana, mi perdición, y yo le había recibido con la mejor sonrisa y un cálido apretón de manos. Nunca le había visto antes, ni siquiera en foto, pero no hubo sorpresa; sabía que entre sus muchas virtudes no se encontraría el carisma; era un gran profesor y un estudioso, pero en definitiva, un tipo gris, lo suponía ya antes de su llegada y lo confirmé a primera vista. Vestía sin gracia, hablaba con voz neutra, y lo único que le distinguía era su acento de Caponia, bastante domesticado por

un español cosmopolita, como de aeropuerto internacional.

Le acompañé al que iba a ser su nuevo despacho para explicarle todos los detalles necesarios; por el camino nos encontramos con un par de profesores del departamento y se los presenté, ellos por supuesto le hablaron en capón, para mostrar su amabilidad, y él les contestó en español por la misma razón. Nos sentamos en su nuevo despacho y comentamos todos los pormenores. Lo cual fue bastante aburrido. Yo llevaba cuatro meses preparando su llegada, traerle como profesor visitante había sido idea mía; él era mi proyecto, mi trabajo extra, mi demostración de entrega y pasión ante los profesores del departamento. Y sin embargo, ahora que por fin estaba allí, todo aquello había empezado a parecerme repentinamente tedioso. Hacerme cargo de ese señor durante todo el semestre de invierno, darle cosas que hacer, entretenerle, presentárselo a todo el mundo... en fin. Él sonreía amablemente a todo, tuve que explicarle hasta cómo funcionaba el teléfono, porque seguramente nunca había visto uno de varias líneas, le expliqué también a quién tenía que pedirle fotocopias si las necesitaba, le enseñé las dependencias del departamento, le presenté a varias personas más que nos cruzamos por el pasillo. Comimos juntos, y eso fue lo más difícil, porque una vez le hube explicado cómo pagar la comida con su tarjeta de la universidad, no nos quedó ya más tema de conversación. Él pestañeaba y se recolocaba las gafas de pasta negra sobre la nariz. En el silencio incómodo pensé que, en fin, no era el tipo brillante con el que podría haber impresionado a mis profesores, pero por lo menos resultaría amable y discreto, un buen capón en el despacho del fondo del pasillo, una presencia benévola y exenta de todo peligro por su carácter pasajero; un capón nativo al fin y al cabo, con su propio despacho, algo que siempre habría que elogiar en lo que por supuesto seguía siendo oficialmente un Departamento de Estudios Capones, a pesar de la abrumadora mayoría de profesorado español.

Después de comer le acompañé al edificio de dormitorios donde se iba a instalar, en el mismo campus. Allí le paseé también por las instalaciones; todas aquellas salas de billar y saunas que probablemente nunca iba a utilizar, más que nada porque no sabría cómo hacerlo. En cualquier caso, yo ya le había dedicado todo el día, y ahora tenía que preparar una clase para la mañana siguiente y leer cuarenta páginas de espesa teoría literaria, necesarias para cumplir el desarrollo pautado de mi tesis. Y sobre todo, tenía que hablar con Andrea, mi novia española, a la cual telefoneaba cada noche desde que se había ausentado del campus para pasar una temporada en casa de sus padres reflexionando sobre su futuro. Eran las siete ya, empezaba a hacerse tarde. Seguro que si me retrasaba en llamar Andrea iba a acabar irritándose, era bastante peculiar en cuanto a esos temas. Así que dejé instalado al Doctor Rana en su habitación y me despedí de él para marcharme a toda prisa a mi apartamento compartido, que desgraciadamente estaba justo en la otra punta del campus.

Pero mientras esperaba el ascensor, una música inusualmente alta llamó mi atención, ¿no era aquello un edificio de profesores?, el caso es que la cosa sonaba a fiesta salvaje de alumnos de primer año, esas fiestas de las que había oído hablar, con esas competiciones de compulsivos bebedores de alcohol, esas chicas en ropa interior, ese bestialismo; yo no sabía nada de todo eso porque había estudiado la carrera en mi país, en Caponia, donde no había cámpuses ni dinero para fiestas, y sin embargo aquella música... sí, era precisamente una canción en capón, que sonaba terriblemente obscena, con un bajo contundente y unos gemidos extraños, y me acerqué para escucharla mejor, venía desde la otra punta del pasillo, y el estribillo me atrapó totalmente con su estupidez, "bum-bum dame-dame", decía una voz grave de macho cabrío, a lo cual un coro femenino insinuante respondía: "a-há, a-há". La puerta de la habitación, era la 403, estaba entreabierta, pero mientras me acercaba lentamente, de pronto se cerró en mis

narices. Entonces me di la media vuelta y volví hacia el ascensor, contemplando con cierto disgusto cómo el profesor Rana salía de su habitación y se acercaba hacia mí desde la otra punta del pasillo. Pensé en disimular y largarme por las escaleras, pero era demasiado tarde, ya me había visto. Así que los dos nos paramos ante el ascensor, y Rana me dijo que iba a bajar a la cafetería un momento. Yo sonreí, “ah muy bien, creo que esta cafetería es una de las mejores del campus, tienen buen café.” Y ya nos metimos juntos en el ascensor, total para bajar cuatro pisos, que no eran nada, pero ahí nos metimos, y la cuestión es que en el interior se oía muchísimo aquella música que yo había escuchado, por algún extraño efecto de transmisión del sonido. Así que apreté rápidamente el botón de la planta baja con la esperanza de que no tuviéramos que escuchar ni por un segundo aquella perversa cantinela que retumbaba en nuestra común lengua nativa. “Menuda fiesta tienen montada por aquí...” dije retorciéndome los dedos de las dos manos, y el ascensor se puso en marcha con su estupenda tecnología silenciosa para quedarse parado al cabo de un par de segundos. Sí, nos habíamos quedado atrapados. “Bum-bum dame-dame, a-há, ahá, dame más, más, más!!!” y no funcionaba la alarma, al parecer, por mucho que me quemé las yemas de los diez dedos apretando el botón, mientras el doctor Rana se rascaba la nariz y carraspeaba hasta el paroxismo, “Chupa-papi, chupa-papi” repetían ahora insistentemente las chicas del coro, y luego, en pequeñas variaciones juguetonas “a mi me gusta mucho el... bum-bum, dame-dame”, y parecían alcanzar un infinito multi-orgasmo con sus gemidos exasperantes, y yo estaba de color violeta y el profesor se miraba obsesivamente la punta de los zapatos y decía “bueno, bueno, no tiene ninguna importancia, enseguida nos sacarán de aquí”, y carraspeaba brutalmente, como si estuviera totalmente decidido a destrozarse la garganta. Entonces la canción se detuvo de golpe, alguien la había parado. Suspiré. Pero inmediatamente empezó otra aún más ruidosa y

claramente vocalizada: “Apú por delante, apú por detrás...”, con un ritmo endiabladamente bailable que se te metía en la caja torácica y te sacudía hasta hacerte flojear la piernas, “Chu-chu-chú, fíu fíu”. Estuvimos allí un par de horas, durante las cuales la música no se detuvo, y en algún momento creí ver que a Rana se le iba un poco la punta del pie siguiendo el compás.

Durante los siguientes meses tuve Rana por la mañana, Rana al mediodía, Rana por la tarde y, a veces, Rana hasta por la noche. Sólo a última hora conseguía estar un rato solo, pero entonces tenía que llamar a Andrea, y lo cierto era que ella padecía sus propios problemas. Atravesaba un momento difícil, en aquel año; acababa de terminar su Master en gestión cultural y se encontraba un tanto a la deriva, incapaz de dar el siguiente paso. Si continuaba estudiando, perdería para siempre la oportunidad de convertirse en bailarina profesional, lo cual era su otro gran sueño, y si retomaba sus clases de danza, le sería imposible compaginarlas con el doctorado. Era lo uno o lo otro. Bailar o estudiar. El problema era que cualquier alusión al tema de su inaplazable encauzamiento le ponía de muy mal humor, siendo al mismo tiempo imposible no referirse a él porque lo tomaba como una falta de interés. En cuanto a Rana lo que pasaba era que, efectivamente, se aburría, y entonces me llamaba desde su teléfono móvil prestado por la universidad, porque yo era el primero en su lista de números frecuentes y en realidad el único. Se le ocurrían proyectos, cosas que hacer, iniciativas, propuestas. Yo le decía que sí, que adelante, que me parecía muy bien, pero que desgraciadamente estaba ahora muy liado con mi tesis y no podría involucrarme tanto como hubiera querido. Rana comía además bocadillos que olían raro, muy, muy raro. Y ese olor se le quedaba en el aliento, y se quedó también en su despacho y juraría que al final acabó por impregnar todo el departamento. Un olor que, la verdad, no sabría cómo describir sin mencionar la palabra caca. Se hacía enviar comida desde Caponia en paquetes de papel marrón manchado que llegaban regular-

mente al departamento, y de aquellos paquetes debía sacar lo que se ponía en los bocadillos. Yo de vez en cuando le preguntaba si no le gustaba la comida del campus y él se sonrojaba y se reía como un niño malo al que han pillado haciendo una travesura. Yo le miraba serio, con ganas de hacerle mucho daño.

El espacio del pasillo que había delante de su despacho se convirtió en un acelerador de partículas. Él nunca cerraba su puerta, de manera que era imprescindible pasar a toda velocidad, cualquiera podía caer atrapado en la trampa si se despistaba. Rana estaba casi siempre ahí dentro, maquinando, esperando nuevas víctimas, y nosotros lo sabíamos. Cuando salía, el espacio a su alrededor quedaba inmediatamente desierto. Sin embargo estaban los actos oficiales, a los que había que ir por narices y él siempre llegaba diez minutos antes, por supuesto. Su sonrisa benévola y asustadiza, sus ojillos suplicantes. Cuando había leído en el programa que se trataba de una reunión informal, acababa siempre por sacar disimuladamente el bocadillo mierdoso, envuelto en papel de estaño, y se dedicaba a darle mordisquitos durante una hora. Pronto noté que los profesores empezaban a tratarme con evidente desagrado e incluso a evitarme. En el día nacional de Caponia, Rana organizó un baile mestizo, según la costumbre autóctona, con orquesta y todo. Aquello fue una encerrona, nadie se pudo escaquear porque hubiera resultado demasiado evidente. Hasta el mismísimo director del departamento tuvo que vestirse con los tradicionales leotardos capones y cantar el “Burcha burchón”. El problema de esas prendas es que se ajustan directamente al cuerpo. Rana se puso además camiseta corta y hubo que proclamarle Gran Burchador del baile, como detalle de cortesía por haberse encargado de la organización. Cuando subió al estrado el bulto enorme bajo sus leotardos quedó justo a la altura de los ojos del público, durante toda la extensión de su elaborado discurso. Aquello era imposible, simplemente desproporcionado.

Y yo di por terminada mi carrera académica.

Mejor estar preparado, cualquier día me llamaría el director del departamento para echarme a la calle. Entonces me quedaría sin dinero y sin visado, tendría que volver a Caponia, buscar algún trabajo de oficinista, y seguramente acabaría haciendo fotocopias durante el resto de mi vida.

Pero entonces regresó Andrea. No habíamos hablado mucho por teléfono, últimamente, porque ella se sentía demasiado presionada por mi tono de voz y necesitaba tiempo, de modo que yo imaginé que si había decidido volver era porque por fin sabía qué hacer con su vida. Yo estaba ansioso por conocer su decisión. Pero llegó, le pregunté, y no me contestó. Estaba en pleno síndrome pre-menstrual, así que se puso a gritar que dejara de presionarle y dando un portazo se encerró en el baño a llorar y a pegar pataditas en el suelo. En los siguientes días saqué en claro que durante los cuatro meses que había pasado en casa de sus padres no había podido decidir porque el ambiente era demasiado opresivo (e incluso castrador) y que por eso había vuelto al campus, ya que de todas maneras seguía manteniendo su estatus de alumna en excedencia, con pleno derecho a carnet universitario (american express incluida en el mismo) y el apoyo económico de sus padres. Nuestra universidad comprendía perfectamente que había momentos así en la vida, y por ello respaldaba con su programa flexible de excedencias a los alumnos que necesitaban tiempo para encontrarse a sí mismos.

Andrea se instaló provisionalmente en mi apartamento, hasta que tuviéramos tiempo de buscar uno nuevo para los dos, y se organizó un horario de actividades diversas para mantenerse ocupada mientras llegaba el momento de decidir. Quería aprovechar el impasse para aprender varias disciplinas que hacía tiempo que le fascinaban: caligrafía zen, reflexoterapia, cerámica y flores de Bach. Así que se apuntó a clases de todo aquello; por suerte la oferta educativa en el campus era más que amplia y variada. Pero enseguida su horario resultó demasiado agitado y se estresó. Tuvo que dejar las dos primeras actividades, que de todas maneras requerían asistir

a clases a una hora demasiado temprana, lo cual hacía imposible el llegar a tiempo.

Yo regresaba a casa por las noches, cansado, y la encontraba tumbada en el sofá con mala cara, enfadada. Su profesor de cerámica era un imbécil que le hacía la vida imposible, su amiga le tenía envidia porque los jarrones le salían a la primera y se aliaba con el profesor para ridiculizarla delante de los demás. Como yo quería animarla, le contaba historias sobre Rana; había notado que parecían hacerle bastante gracia. “Pero qué es eso de Rana, vaya nombre más estúpido, ¿no?”, decía soltando una risita. Y a mí me gustaba ver cómo se le iluminaba la cara.

Y, claro, un día me dijo: “¿por qué no invitas a la rana a cenar?” No sirvió ninguna excusa. “Ya te he hablado de su olor...” “No importa, no importa, será divertido.” De modo que sí, Rana llegó diez minutos antes de la hora convenida, lo cual él creía que era una cortesía, y Andrea todavía no había empezado ni a vestirse. Yo estaba a punto de salir a por la comida que habíamos encargado a un restaurante, porque Andrea no se encontraba de ánimo para cocinar y yo no sabía. Así que dejé allí a Rana hablando con Andrea, uno a cada lado de la puerta entreabierta del dormitorio dentro del cual Andrea se vestía y desvestía repetidamente, pues le solía costar decidir qué modelo iba a llevar y tenía que verse los todos puestos varias veces. Cuando regresé, jadeando, les encontré en el sofá, sentados algo más cerca de lo que hubiera deseado, y riendo. Hacía tiempo que no veía a Andrea tan animada. A cada cosa que Rana decía ella estallaba en unas sonoras carcajadas que no se sabía muy bien si eran un halago o un insulto. Él parecía estar contento también, en cualquier caso.

Durante la cena hablamos de Caponia. Andrea recordó con entusiasmo sus numerosas visitas al país, sobre todo las que había hecho por su cuenta, antes de conocerme. “Siempre me ha entusiasmado Caponia, ya desde mucho antes de conocer a Martín, al que además conocí aquí. Sí, las fiestas burchonas, los huerequeques y los saca porras... todo eso lo experimenté ya cuando

iba al instituto, antes de conocer a Martín. Viajaba a Caponia todos los veranos y cuando llegaba septiembre nunca quería volver a España, ¡cómo disfrutaba con la playa y el fíu-fíu!” “Qué gran país, qué grande es la gente de Caponia,” dijo Rana, con mirada soñadora. “¡Apú, apú!” gritó Andrea con las mejillas encendidas, y los tres levantamos nuestra copa: “¡Apú Molondrón!” Cuando los platos quedaron vacíos, Andrea se levantó enseguida a por los licores burchantes que guardábamos debajo de la cama para que mis compañeros de piso no los encontraran. Como yo no tenía mucho aguante para el alcohol, dejé de beber enseguida y Andrea exclamó a voz en grito “¡menudo capón está hecho éste... no sabe ni beber!” Rana rió algo avergonzado, con los ojos enrojecidos como si estuviera a punto de llorar de felicidad. La velada se prolongó más de lo que nunca hubiera esperado, ellos dos se emborracharon a conciencia, y yo les miraba desde el pozo sin fondo de mi sobriedad. Rana se había atado la corbata alrededor de la cabeza, Andrea se había desabrochado dos botones de la blusa, dejando ver su sostén beige apretado a la carne. Pero, ¿por qué?, me preguntaba yo. La conversación se volvió más profunda; Andrea y Rana se adentraron en una exhaustiva crítica del carácter español que se extendió en paralelo al constante elogio del capón: si los españoles eran desconfiados y avaros, los capones eran amables y generosos, si los unos ricos e imperialistas, los otros pobres y oprimidos, si en España no había más que carreteras y comida rápida, en Caponia el paisaje tenía encanto y se sabía comer. Y a falta de mejor ejemplo de las características conservadoras y castradoras del carácter español, yo mismo serví de modelo, a pesar de que había nacido y vivido en Caponia desde los 0 a los 22 años. Según Andrea, estaba totalmente “españolizado”, vendido al dinero español, después de tanto tiempo de exilio había perdido toda la gracia capona. Al final se pusieron sentimentales y cantaron un poquito. En un momento dado Andrea se quedó dormida, con la boca abierta, y se hizo el silencio entre Rana y yo. Él se marchó

en seguida, con el pelo alborotado y la sonrisilla todavía en los labios.

Durante los siguientes días Andrea substituyó sus lecciones de cerámica y flores de Bach por constantes visitas al despacho de Rana. Yo estaba completamente aterrorizado. Cada vez que pasaba por la puerta del fondo del pasillo temía oír la voz de Andrea, su risa sonora, el escándalo de su presencia allí. Me asomaba con una sonrisa forzada y sí, la encontraba una vez más, con falda corta y botas largas, sentada encima de la mesa de Rana y me decía: "Tenemos un proyecto que te va a encantar, ya verás, pero todavía no te podemos contar nada." Y al día siguiente allí estaba ella otra vez, y continuaban las risitas, y las miraditas incómodas de mis compañeros, y mi tesis empezaba a ir con retraso respecto a los plazos previstos.

Y entonces un día apareció sin más, sobre la mesa de mi despacho y con letras de periódico recortadas como en las películas, una nota anónima: "TE ESTAN BURCHANDO". Me quedé contemplándola con lágrimas de rabia en los ojos hasta que el fuerte sonido de un claxon me hizo dar un salto y acercarme a la ventana. Eran dos autobuses enormes, que estaban aparcando justo delante del departamento, encima de las rosas del jardín, para ser exactos, y que exhibían dos grandes banderas de Caponia sobre el parabrisas. Se abrieron las puertas y por ellas empezaron a salir el kiosquero de la esquina, el chico de la gasolinera, la señora que limpiaba mi apartamento, el conserje de la facultad de ciencias y otras muchas personas que no conocía o bien tan sólo de vista y que coincidían todas ellas en algo: eran lo que se suele denominar "capoñoles", es decir descendientes de inmigrantes capones de clase media-baja que se habían criado en España. Rana y Andrea irrumpieron jubilosos en mi despacho: "¡Ya están aquí!," gritaban, y me cogieron del brazo llevándome a rastras hacia abajo. "¡Mira Martín, lo hemos conseguido!," decía Andrea levantando frenéticamente las manos de los capones, que exhibían orgu-

llosos tarjetas identificatorias de la universidad. Me acerqué a uno de ellos y le pedí la tarjeta para observarla: "Estudiante honorífico", decía. Y debajo del código de barras, junto a la cinta magnética, se podían leer las dos palabras mágicas: "PLENO ACCESO". Era desde luego, una gran idea: fomentar el verdadero diálogo con la comunidad capona abriendo el campus literalmente a los inmigrantes locales. Entre el jolgorio que se había organizado, Andrea se encontró pronto completamente rodeada de capones que la abrazaban, hombres jóvenes en su mayoría, y como algunos estaban ya levantando a Rana en hombros, otros no tardaron en intentar lo mismo con Andrea, metiendo directamente la cabeza entre sus muslos. Por la ventanita gótica del tercer piso, tras el reflejo pálido del cristal, pude atisbar el ceño fruncido del director del departamento.

En tres días el campus estaba completamente arrasado. Sujetadores rojos colgaban de las ramas de los árboles, pegotes de chicle y de jula-jula adornaban las pizarras y las paredes, en los baños se había encharcado un líquido fétido de color marronáceo. Se redoblaron los servicios de limpieza y de seguridad. Pero en ningún momento se planteó suspender el programa de puertas abiertas a la comunidad capona porque al parecer venía con la aprobación y el apoyo incondicional de lo más alto. Rana y Andrea se paseaban triunfales. De hecho, se podría decir que, al menos durante aquel tiempo, Andrea ostentó de facto el cargo de directora del departamento sin tan siquiera estar matriculada en él como estudiante. Las clases se veían constantemente interrumpidas por la música de los capones, que se llevaban sus radiocassettes a las aulas o bien dejaban las puertas de sus coches abiertas junto al edificio, con sus enormes altavoces customizados retumbando. Si un profesor pedía que por favor alguien bajara a solucionar el problema, mandaban al de seguridad, que era capón también, y éste se acercaba lentamente al coche con una media sonrisa:

-Chorrorro, chuca-chuca!

-Apú, apú! –respondían los que estaban por allí, rascándose los genitales. Y entonces el de seguridad comenzaba a hablar meneando las caderas y como canturreando y señalando hacia las aulas:

-Rascayú, rascayú, turuleta pachín de la música, señores... chuca-chuca los autos burchones, gurchando están! Ja, ja, ja! -y todos se reían, y se frotaban los culos unos contra otros. Y después comenzaban una conversación al parecer totalmente relajada y sobre temas diversos, a menudo relacionados con el deporte, y que se solía prolongar una media hora o tres cuartos, después de lo cual solían parar la música para empezar a hacer concursos de sonidos de pedos con las axilas. Esto sólo se veía interrumpido ocasionalmente por la visita de alguno de sus clientes, pues ellos por supuesto no estaban allí simplemente perdiendo el tiempo, sino que ejercían como principales distribuidores de sustancias ilegales de la zona.

En el acto oficial de presentación del programa, el director adjunto de asuntos culturales y diversiones elogió vivamente el trabajo de la alumna Andrea Viaggini, que tan desinteresadamente se había implicado en la realización del proyecto. Rana, por su parte, tuvo ocasión de soltar un discurso de casi una hora, en el que se las arregló para incluir largas citas en capón antiguo, que dieron fiel muestra de su erudición. Mi estómago me estaba matando. Cada media hora tenía que ir al baño a descargar, pero nunca parecía suficiente. Y desde luego, no lo había olvidado: ME ESTABAN BURCHANDO, o por lo menos alguien lo creía así. Me estaban burchando y yo lo sentía por momentos, eso es algo que un capón no puede dejar de sentir en lo más hondo del corazón. La flojera en las rodillas lo atestiguaba también. Por la noche hubo varias fiestas de celebración. De hecho, todas las noches había fiestas desde que habían llegado los capones al campus, y Andrea me obligaba a ir a todas. Yo acababa borracho o dormido y ella con el fíu-fíu hasta que se hacía de día. Los capones la adoraban, claro. Aquella noche la fiesta esta-

ba especialmente animada y yo me encontraba especialmente mal. Pero no me podía marchar a casa, y no sólo por las exigencias de Andrea, sino porque aquella noche la plana mayor del departamento estaba allí, e incluso algunas otras personas importantes, altos cargos de la universidad. Y simplemente no era concebible que un alumno del doctorado capón desapareciera sin más. Hubiera sido una descortesía. De modo que decidí tomármelo con calma e intentar que el tiempo pasara lo más rápido posible. Me senté en un sofá y empecé a ingerir huerequeques uno tras otro mientras exhibía una sonrisa de cordialidad universal y saludaba amablemente a todo el que se me acercaba. Sin ceder, eso sí, jamás mi puesto en el sofá. Pero pronto iba a tener que hacerlo porque mi estómago me lo exigía violentamente. A mi alrededor los profesores y alumnos españoles comenzaban a bailar tímidamente, mientras al fondo de la sala, los del núcleo duro capón se habían quitado ya las camisetas y exhibían sus cuerpos esculturales. Andrea, por supuesto, estaba allí en medio, en el centro del sudor y el contoneo.

-Es maravilloso ver cómo se divierte esta mu-chacha -oí que decía el decano de clásicas a un adjunto de biología.

-Sí, es estupenda -contestó el otro, dejando la boca abierta en la "a" final y sin dejar de mirarla. Un retortijón me hizo contraer todo el cuerpo. No podía esperar más, tenía que encontrar el lavabo o explotar allí mismo en un caudaloso río de mierda. Así que me levanté y disimulé como pude mi tambaleo, pues estaba ya mucho más borracho de lo que había creído, y avancé por la sala hasta encontrar una fila de gente mirando al suelo que me indicó la situación del lavabo. Mientras esperaba los altavoces retumbaban en mis oídos: "bum-bum chuka-chuka-bum". Y los capones cantaban: "tú quieres fíu-fíu, yo tengo fíu-fíu..." Cuando parecía que me lo iba a tener que hacer encima, por fin llegó mi turno y entré precipitadamente con los pantalones enseguida por los tobillos y abrí la olla presión de golpe, manteniendo la cara entre las manos. Después

respiré hondo y comprobé que había producido un olor increíblemente fétido. Me froté los ojos y levanté la vista. Allí, sentado a mi lado, a escasos dos palmos de mi cara y mirándome fijamente estaba un capón viejo y arrugado, vestido con sus leotardos y su lepisete. Di un respingo e intenté cubrirme y limpiarme y esconderme, todo a la vez. Pero él ni se inmutó. Seguía con la mirada fija, perdida. Pasé la mano por delante de sus ojos: nada, ni un pestañeo. Así que, asustado todavía, hice lo que me quedaba por hacer y me subí los pantalones y tiré de la cadena. Pero cuando estaba a punto de salir del cuarto una voz cavernosa me detuvo al grito de

-¡¡Caquita!! –me giré y vi al viejo arrugado señalándome con expresión iracunda. Volvió a hablar, muy deprisa y bruscamente:

-¡Te digo que te están burchando y todo lo que se te ocurre es hacer caquita!

-... ¿Qué? Perdona, ¿qué dice...?

-¡Español! ¡avestruz! ¡chorrica! ¡Te digo que te están burchando, que si te queda algo de cojones que te vayas a la cuatro cero tres ahora mismo, chorriquero mayor! –y como yo no reaccionaba, el viejo se levantó y agarró la escobilla del water con el claro propósito de incrustármela en la cara, y gritando “¡ya me has oído!” lo cual sí me hizo salir de allí corriendo.

Y cuando conseguí sosegarme junto a una ventana, respirando a bocanadas el aire fresco de la noche y sin dejar de controlar la puerta del baño por si acaso salía el viejo loco, me di cuenta de que ahí fuera la fiesta había decaído sorprendentemente. Todavía había música y bastante gente, pero la mayoría de los capones ya no estaban, con lo cual la cosa se había quedado mortecina. Andrea tampoco estaba allí. Pero era imposible que se hubieran marchado todos a sus casas, jamás una fiesta capona había terminado tan de repente. De modo que pregunté a varias personas qué había pasado con la gente y nadie sabía nada, hasta que una gordita de literatura comparada me dijo que a lo mejor estaban en alguna de las otras fiestas que había en el edificio. ¿Otras fiestas? Sí, había oído que había varias

más. De modo que salí del apartamento, estaba efectivamente en el edificio de dormitorios donde se había instalado Rana y donde yo había escuchado esa música obscena que salía de la habitación 403, sí la cuatro cero tres, chorrica mayor, chorricón, allí los iba a encontrar a todos, qué duda cabía ya, hijos puta, allí estarían venga a darle al fú-fú con mi novia, así que para allá que me fui, subiendo dos pisos por las escaleras y comprobando que sí, efectivamente se oía ya el fuerte musicón que venía del cuarto piso, el ritmo burchante que resonaba obsesivo con miles de ecos por todo el edificio, y la puerta entreabierta que ya pude distinguir desde lejos, mientras me acercaba con paso lento hacia la humillación total, definitiva e irreversible. Adentro estaba oscuro, muy oscuro. La música sonaba atronadora, allí en la oscuridad. Avancé tanteando, con miedo de chocar contra algo o alguien. Esos cabrones habían apagado las luces para que nadie pudiera ver sus sucios juegos, pero yo sabía que estaban ahí, en alguna parte, escondidos y riéndose de mí, yo podía verles con la imaginación y ellos no lo sabían, podía ver la mano enorme del macho burchón tapándole a ella la boca, mientras la agarraba por detrás y ella se dejaba hacer, los demás alrededor, en coro, desnudos y escupiéndoles encima, como animales rabiosos. Mi mano derecha encontró algo en la pared: era el interruptor. Se hizo la luz, y allí estaba la estancia desierta, con el equipo de música bramando en el centro, desolado, con sus parpadeantes lucecitas de feria, sus descomunales altavoces y el cable colgándole flácido, cruzando el suelo de parquet hasta la pared. Arranqué de golpe el enchufe y la música cesó por fin. Entonces escuché una especie de débiles lamentos viniendo desde el fondo de la sala. Me acerqué y vi que había varias toallas amontonadas en el suelo. Olía raro. Me agaché y aparté las toallas, manchadas con grandes lamparones. Ahí dentro había un cachorro de perro con el pelo rasurado, todo mojado y tembloroso, todo huesecillos temblones y gemiditos. Baboso y caliente, como recién parido. Lo envolví en las toallas otra vez y

me alejé unos pasos. Pero después volví, lo recogí y me dispuse a salir de allí. Entonces apareció por la ventana un destello de luz reflejada, como de luna llena. Eran los pechos desnudos de Andrea, que estaba tirada en el suelo, allí abajo, con la mitad inferior del cuerpo oculta bajo un contenedor de basura.

El día siguiente lo pasé casi entero en el hospital del campus, tuve tiempo de recorrer repetidas veces sus miles de salas de espera. Y cada hilera de asientos tenía delante un pequeño monitor para que los que esperaban se pudieran entretener viendo canales aptos para todos los públicos. No, Andrea no tenía nada grave, me dijeron que no me preocupara, era tan solo una especie de letargo en el que había entrado no sabían por qué motivo y del cual saldría en cualquier momento, sin ningún tipo de secuelas. Me dejaron pasar a verla y, ciertamente, parecía descansar satisfecha, se podía casi decir que estaba sonriendo. En cualquier caso era conveniente dejarla allí hasta que se despertara. Me recomendaron que me marchara a casa a dormir, yo quería quedarme allí pero insistieron, casi se podría decir que me obligaron a marcharme. Tenían mi número de teléfono móvil, si ella se despertaba me llamarían inmediatamente. De modo que me dirigí a mi apartamento, agotado por no haber dormido la noche anterior. Pero cuando me iba a derrumbar sobre la cama vi que encima de la colcha había un sobre, con mi nombre escrito en letras mayúsculas: MARTIN SANZ. En la esquina de abajo a la derecha aparecía el logotipo de la universidad. Lo abrí. Era un mensaje de la "Fundación del Patronato y la Entente Privada de la Universidad – Sección Presidencial Recreación". El papel comenzó a temblar en mi mano: ¿pero qué podía querer aquella gente de mí? Aparte de que, obviamente, habían entrado en mi casa para dejar la carta sobre mi propia cama. El mensaje era escueto: "Señor Sanz, por favor, sírvase llamar inmediatamente al siguiente número de teléfono (horario 24 horas) para concertar una cita con el Patronato". Eran ya las nueve de la noche, pero llamé, tal como se me exigía desde

las altas instancias. Una voz profunda y masculina contestó:

-¿Sanz?

-Sí –dije yo.

-Ok, chato, muy bien, acabas de llegar, ¿no? noche en blanco con sorpresita final, hospital, y todo el paquete, la vida, guapo, tú tranquilo, te recogemos, diez minutos, puerta norte de la biblioteca, coche negro, ¡uy! espera un segundo guapo –se apartó un poco el auricular. Y pude oír música ligera de fondo y murmullo festivo- ¿Quién me recoge a Sanz para un r-14 arriba? –risas-. Ok, ok, lo de los capones, un r de rápido, ok –volvió a dirigirse a mí-. Oye, confirmado, cinco minutos biblioteca negro, ciao.

El coche tenía negras hasta las ventanillas, por fuera y por dentro, de modo que no supe adónde me llevaban. El trayecto duró unos veinte minutos y al abrirse la puerta aparecí directamente en un enorme hall, con una escalinata, y no llegué a poder enterarme de cómo había entrado allí. Se oía música de orquesta que venía de arriba, había globos de colores atados en ramilletes. Enseguida bajó un ujier que me pidió que le acompañara, con un gesto. Le seguí escaleras arriba, tres pisos de alfombra roja impecable y plantas tropicales en los rellanos. Después nos metimos por un pasillo caoba, también con moqueta y sin una mota de polvo. Se abrió una puerta y salió un tipo vestido con traje y con una botella de champagne en la mano. Nos saludó con una sonrisa y siguió su camino. El ujier se paró ante otra puerta, pequeña como todas las demás, golpeó en ella y se marchó. La puerta se abrió sola y yo me asomé un poco al interior. Era una sala relativamente pequeña, una biblioteca con un par de corros de sillones y mesas bajas, todo en cuero y reluciente. Habría allí unas diez o doce personas, hombres y mujeres, más bien ancianos, todos vestidos de etiqueta, las señoras en traje de noche. Bebían copas, fumaban puros y charlaban animadamente; no parecieron advertir mi presencia. Sentí el impulso de marcharme por donde había venido, pero en lugar de eso entré y cerré la puerta detrás de mí. Me

acerqué un poco a los corros, y uno de los señores, que tenía grandes cejas blancas, se dirigió a mí con una sonrisa de satisfacción:

-Martín, Martín, hijo, ven, siéntate aquí un rato con nosotros –y dio unas palmaditas en el sofá a su lado, pero no había en realidad sitio pues en el mismo sillón se apretaban dos señoras, él mismo, y un tipo muy gordo, al que apenas le cabía un mínimo trozo de culo sobre el asiento. Como yo no me moví, el señor repitió el gesto, esta vez con más ímpetu:

-Vamos, vamos, muchacho... -así que hice lo que me decía, me senté allí con ellos como pude, todos nos tuvimos que apretar mucho. Sonreían satisfechos, daban sorbitos a sus copas, pequeñas caladas a sus puros. La conversación decayó, pero eso no parecía importarles. De vez en cuando alguien hacía algún pequeño comentario sobre el tiempo o sobre el champagne. La señora que estaba a mi lado me dio unas palmaditas en la pierna, con total naturalidad; tenía manchas en la piel, producidas por la vejez, abundantes en el escote y en las manos. Se hizo un silencio prolongado, que no parecía molestar a nadie más que a mí. Empecé a sudar y a no poder dejar de escuchar la respiración esforzada del tipo gordo. Todos seguían mirándose unos a otros con sonrisas de comprensión y amabilidad; simplemente estaban allí, apretados en aquellos sofás y parecían ser plenamente felices, sin decirse nada, sin más. Me di cuenta de que hacía rato que me estaba molestando una especie de bulto bajo mis posaderas, quizás algún muelle suelto del sillón. Me revolví un poco en el asiento. El señor de las cejas blancas se giró hacia mí, sonriendo y asintió amablemente. Un señor de bigote que estaba enfrente de mí dio una calada profunda a su puro, soltando el humo lentamente. El silencio estaba ya durando más de lo humanamente razonable; también los del otro corro de sillones llevaban callados un buen rato. Así que carraspeé y dije:

-Bueno, yo, en fin, recibí una carta... -pero el de las cejas me interrumpió inmediatamente:

-Sí, muchacho, sí, claro que sí –me miraba

como si estuviera infinitamente orgulloso de mí. Noté como el bulto cedía bajo mi peso, como si algo se rompiera con pequeño crujido. El tipo me agarró las orejas con las dos manos, estirándomelas, y luego me atrajo hacia él para darme dos sonoros besos en las mejillas. Cuando habló, la voz y la cabeza le temblaron con un ligero parkinsonismo:

-Hijo, lo único que te puedo decir, y ojalá me lo hubieran dicho a mí mis padres cuando tenía tu edad, es que disfrutes. ¡Ja! –asintió, casi con lágrimas en los ojos y me propinó dos bofetadas cariñosas pero muy fuertes-. ¡Disfruta, hijo, disfruta! –empecé a notar una humedad expandiéndose rápidamente por mi pantalón, me levanté de golpe y vi que allí donde me había sentado, medio escondido entre los pliegues del sillón, yacía el cachorro de perro sin pelo envuelto en toallas y bañado en la sangre que le manaba del cuello partido.

Salí corriendo de la habitación mientras los ancianos me gritaban que no me asustase, corrí descontrolado por el pasillo caoba hasta que el mismo ujier de antes me dio un puñetazo en la sien y perdí el conocimiento. Me desperté en la cama de mi habitación, con una manta desconocida sobre mi cuerpo. Era ya la madrugada, no podía pegar ojo, salí a caminar por el campus sin propósito, envuelto en aquella manta y pálido.

Y no, no cogí el tren aquella mañana, le dije a la conductora que ya se podía marchar sin mí, que yo no iba a montar. Me quedé con la cabeza entre las manos, pensando en cómo el Doctor Rana me había arruinado la vida, el Doctor Rana y los otros, aquellos salvajes que nunca jamás deberían haber pisado el campus, aquellos seres insoportables, los capones, siempre riéndose, siempre de fiesta, siempre pasándolo bien, como si no hubiera nada en la vida más que disfrutar. Entonces apareció precisamente Rana, que venía de hacer su jogging matutino, caminando cansado y con un chandal verde fluorescente. Se paró delante mío al verme y me dijo:

-Pero vaya, Martín, qué mal aspecto tienes...
-sonrió y me guiñó el ojo:- ¿Qué... mucho fíu-fíu
ayer noche, compadre? -sonrisa torcida y restos
de baba blanca en las comisuras de los labios,
pelos en los orificios nasales, claramente visibles
desde donde yo estaba, olor rancio y salino pro-
viniente de sus axilas, con círculos oscuros sobre
el chandal, ojillos suplicantes detrás de las gafas,
algo enrojecidos y como a punto de llorar si no
le daba una respuesta cómplice. Suspiré y miré
hacia arriba y dije sin muchas ganas:

-Vaya que sí, doctor, la burchamos una roco-
cota gurchona, ja, ja.

-Ah, ja, ja, ¡burcha, burcha-bur, compadre!
-contestó Rana triunfal, dándome un pequeño
codazo y con expresión desbordante de alegría.
Luego chasqueó la lengua, volvió a guiñar el ojo,
hizo un gesto de despedida y se marchó trotan-
do. Se le había olvidado que ya no estaba en
su sesión de footing, o quizás le había parecido
más atlético marcharse al trotecillo. Me levanté
rápidamente y le di una patada con todas mis
fuerzas en mitad de la columna vertebral.

Mucho más tarde me enteré por otra gen-
te de que Andrea se había despertado aquella
misma mañana en perfecto estado de salud. Ella
nunca me ha llamado aquí, a la cárcel, ni tampo-
co me ha escrito. ■■

► LUIS MORENO nació en Barcelona en 1976. Es licencia-
do en filosofía y actualmente estudia un doctorado en litera-
tura en los Estados Unidos. Ha publicado ensayos y diversos
cuentos premiados en certámenes nacionales españoles (en-
tre ellos el Premio Kutxa-Ciudad de San Sebastián, 2004). En
2005 publicó la novela *Temblor de un Día* (Edaf), por la que
recibió el Premio Joven de la Fundación General de la Univer-
sidad Complutense de Madrid.

A n t o n i o R a m o s

SOLA NO PUEDO*



TE quiero pedir algo -titubeó Rebeca del otro lado del teléfono-. Hazme llorar, sola no puedo.

No le di importancia a sus palabras. Del otro lado de la línea escuché el ruido del tránsito, el silbato enérgico de un oficial y tras él, un suspiro. Rebeca: me gustaba su aire frío, esa sensación gélida en sus facciones, la lentitud en sus movimientos. Me había gustado desde que la vi en aquel café. Me hice su amigo pero nunca logré acercarme más a ella, hasta ese año terrible cuando la mala suerte la escogió. Le debían sueldo en su oficina, el novio la había engañado con una mujer mayor. Su padre tenía cáncer en la próstata. Las desgracias le sucedieron casi al mismo tiempo, extendiéndose como una muralla. Veía en la tarde más que una tarde, en la noche más que el tiempo para dormir. Nunca me pidió ayuda aunque le intuía todos sus insomnios.

-Claro, ven a la casa -le respondí por inercia.

Pasé el rato, una hora, hora y media, viendo la televisión sin encontrar nada a gusto. En el estereo puse un compacto de Trevor Jones, abrí las cortinas con ganas de sentir el fresco. Hacía calor. Sólo por curiosidad fui al cuarto donde tenía una foto de ella. Se la había pedido muchas veces: ándale, una foto para tenerte de recuerdo. No fue hasta que yo mismo se la tomé que pude tener algo de ella. Atrás escribió un breve: «Para Martín, con afecto.» Esperaba más palabras.

Llegó sonriente, con su cabello rubio, alisado y hermoso.

-No tengo nada de comer. ¿Vamos por algo a la tienda? -le dije.

Apretó los labios, rozó mi brazo.

-No tengo hambre. Vengo del psicólogo; comí por allá. ¿Nos sentamos?

-Claro.

Cuando el otro la había engañado fui el último en saber. No quería ilusionarme con una posibilidad con ella, ahora que estaba sola de nuevo. Me contó muchas cosas. Se sentía tonta, me dijo, muy tonta.

-¿Por qué me pasan estas cosas, Martín?

Me platicó, mientras intentaba encontrar las palabras exactas, de la otra mujer: una vieja cuarentona de pelos rizados, fumadora, alcohólica; una vieja trácala. Me habló del novio, de cómo los encontró.

-Íbamos a casarnos, nos conocemos desde hace mucho; ya quería tener hijos aunque él no.

La abracé con ganas de darle esperanza. Me sentí mal por ella durante mucho tiempo. A los días salió el diagnóstico de su padre. Mejor ni recordarlo. A veces, en las reuniones, mientras todos nos reíamos de cualquier cosa ella se ponía seria, nos contaba de la quimioterapia; dejábamos de reír y la apapachábamos hasta que otra vez se ponía alegre.

-¿Quieres algo de tomar?... Agua..., una cerveza.

-Agua está bien.

Saqué unas galletas de la alacena. Los comimos en silencio mientras la tarde seguía en picada. Hablamos de su visita al psicólogo, de la enfermedad de su padre, uno que otro coraje en la calle con la gente; de otras cosas sin importancia. Estábamos muy cerquita. La sentía tan próxima a mí que tuve ganas de besarla. A veces fantaseaba cómo sería arrebatarle un beso. Eso sería muy bueno. No darle oportunidad ni de meter las manos. Habría sido tan fácil hacerlo, un simple acercamiento; pero recordé sus ojos furiosos, la amistad traicionada por un beso y no hice nada. Me iba a poner en pie cuando Rebeca me tomó una mano:

-No he podido llorar, ayúdame, me dijo el psicólogo que no me puedo quedar con nada.

Me quedé en suspenso.

-¿Quieres llorar?

-Sí... siento como una cosa gorda en el pecho. No puedo. Me duele cuando respiro.

De reojo le miré el escote, sus piernas bien delineadas bajo el pantalón de mezclilla, la forma como la tela se acomodaba en la entrepierna. Pasé saliva.

-Deja cierro las persianas.

La casa quedó en penumbra. Fui al estereo, puse un disco de Nina Simone y me senté junto a Rebeca. Black is the color of my true love hair's, en una de las canciones más tristes que he escuchado en mi vida.

-Ven -le dije y la abracé.

Las primeras tonadas del piano se elevaron como un par de lamentos; después apareció la voz tersa, larga, agónica de Nina. La música, la voz, se extendieron por la casa como si fueran un gran aliento que ensombrecía el ánimo. Rebeca pasó su mano por mi cintura y recargó su cabeza en mí. Olía su pelo a jazmines. Iba a decirle de qué trataba la canción cuando empezó a llorar. Primero fue un suspiro, luego un gemido delgadito. Las lágrimas caían sobre mi camisa. En la oscuridad, con la música de fondo puso mi

mano en su pierna. Sentía mi mano tan grande, pesada, hecha de piedra, su muslo apenas un trocito de carne. La música se hizo más triste, las lágrimas más y más seguidas. Conforme terminaba la canción ocurría lo mismo con el llanto de Rebeca. Al final nos quedamos callados viendo la pared. Nunca había visto tanto mi pared como esa tarde. Rebeca me soltó. Tenía los ojos hinchados.

-¿Tienes servilletas?

Le traje papel de baño y subí las persianas. Más tarde vimos una película. Era casi medianoche cuando se fue.

-Muchas gracias por hacerme llorar -me dijo casi al oído.

Apenas salió me volví a sentar en el sillón sin saber bien a bien qué había ocurrido. Antes de irme a dormir me masturbé con la sensación tibia de su muslo bajo mis dedos.

Dos semanas después volvió a llamar.

-¿Cómo estás?

-Bien, todo bien.

-Ando cerca de tu casa; ¿vemos una película?

Llegó a los veinte minutos. Ahora sí tenía comida, la invité: no quiso. Platicamos un rato del clima, de mi trabajo, de cómo iba la quimioterapia de su papá pero algo no encajaba en su falso ánimo.

-¿Estás bien?

-Tengo algo de pena -me dijo -, ¿me ayudas a llorar otra vez?

-¿Otra vez?

Rebeca inclinó el rostro, no sé si por vergüenza o descaro.

-He tenido un mal año, hace rato hice un coraje terrible, el psicólogo dijo...

-Lo sé.

Rebeca fue a sentarse al sillón e hice lo mismo que la vez pasada. Cerré las persianas, apagué las luces, puse la canción de Nina Simone, me senté a su lado y la abracé. La música conmovía en verdad y ella abrazada a mí, tibio su cuerpo, sus manos apoyadas en su regazo pero, cuando la canción terminó, Rebeca no había soltado ni

una lágrima.

-¿Qué pasó?

Se acomodó bien en el sillón, apretó los labios.

-No sé... ahora no pude.

-Hice lo mismo.

Rebeca me tomó la mano, se me acercó al oído y susurró:

-Hazme llorar, por favor.

No sabía qué hacer.

-Espérame.

En mi cuarto no encontré nada que la hiciera llorar. Su foto con esa dedicatoria ínfima me produjo fastidio. ¿Y si mejor le decía: No hay nada más triste y patético que un hombre que pasa como amigo cuando en realidad se quiere coger a su amiga? Eso es para dar tristeza. Me acosté en la cama. ¿Por qué venía conmigo? Miré el techo. Sólo de imaginar a Rebeca en la sala, esperándome, me hacía sentir fuera de lugar. ¿Por qué no con otro? ¿A poco había ido a llorarle a su novio anterior antes de andar con él? ¿A poco yo iba con otros a que me ayudaran a llorar? Come muchos chiles, seguro me habrían dicho. ¿A mí qué me había hecho llorar? Caray, sólo Remi cuando se le murió el Señor Vitali. ¿Y si era una prueba? La pregunta se abrió paso desde la nada. Tal vez ya la tenía para mí, sólo era trabajarla un poquito más, ganármela. Lentamente la idea fue abriéndose paso en mí. ¿Quería llorar? Podría hacerla llorar de muchas maneras. A golpes, incluso. La gente lloraba cuando la golpeaban, al ver la desgracia de los otros. Recordé los muslos tibios de ella, el olor de su pelo. Sólo de pensar en su espalda desnuda, en la suavidad de su piel me animó. Una historia triste. Necesitaba una historia triste. Seguro que había visto algo triste, como todas las películas de Pedro Infante. La de Un rincón cerca del cielo. Esa sí estaba triste.

Cuando volví, Rebeca se acariciaba el pelo. Metía los dedos entre el cabello, lo estiraba con delicadeza: su pelo se erizaba, lacio, dorado, cayéndole después con suavidad. La imaginé desnuda, en mi cama, metiendo los dedos en

tre su pelo mientras los pezones se le escondían tímidamente entre las sábanas. Me le acerqué, la abracé.

-¿Ya te hablé de mi tío Alfredo? -mis padres no habían tenido hermanos.

-¿Qué le pasó? ¿Le dio cáncer?

-Cierra los ojos, deja pongo música.

Le conté una historia. Mi tío Alfredo había tenido cuatro hijos antes de caer en el alcoholismo. Mi tía lo expulsó de la casa una tarde que ni siquiera logró entrar de tan borracho. Se quedó dormido en la calle junto a unos perros. Desde entonces mendigó. Siempre andaba sucio, vivía en una casita muy pequeña, casi como una perrera. Cuando hacía frío se tapaba con periódicos y plásticos. Los niños de otras calles se burlaban de él. A veces le tiraban piedras cuando pasaba. Al principio las esquivaba, después ya no. A la hora de la comida iba a la casa de mi tía. Ella le daba en un plato. Se lo regresaba casi lamido y volvía a vagar.

Cuando mis primas crecieron y se casó la última, mi tío no estuvo invitado a la boda. Mi papá salió a buscarlo, lo encontró afuera de su casa en el llano, lo llevó a la nuestra, le dijo que se bañara, le prestó un traje y lo acarreó a la iglesia. De lejos mi tío Alfredo vio cómo su hija se casaba. Luego volvió, se quitó el traje, se puso sus harapos.

Ojalá funcione, me decía en las pausas de la historia. Si lograba hacerla llorar nuestro lazo se incrementaría y terminaría acostándome con ella.

-Eso pasó. Mi tío se puso su ropa sucia y volvió a su casa en el llano. Yo creo que sintió feo.

-Ya no sigas -me respondió Rebeca. Unas lágrimas gruesas brillaban prometiéndome una noche con esa mujer. La abracé y le acaricié el cuello. Sonreí para mí: ¡qué bueno era haciéndola llorar!

-Yo estoy muy sana -me dijo.

-Sí, creo que sí.

-Ya aprendí mi lección, sí, he sufrido pero no tanto como otras personas.

-¿Entonces nada de llorar?

-No, ya nada.

-¿Y si me dices otra vez lo mismo?

-Me pegas. ¿Y qué pasó con tu tío?

-Se murió.

La volví a abrazar. Ahora sí, Rebeca se dejó estar en mi cuerpo. Se estremeció junto a mí, sus pequeños senos se oprimieron en mi pecho. Le di un beso en la mejilla, apenas un contacto leve pero sentí cómo su piel reaccionaba. Olí su cabello. No hice nada más. Seguro iba a volver.

Comencé a buscar historias tristes, música lúgubre, a indagar cadenas electrónicas donde la gente buscara a sus hijos perdidos o raptados afuera de tiendas o en las calles. Si había tanta tristeza en el mundo la iba a hallar. Aparecieron muchas cosas. Gente que pedía ayuda para encontrar a sus padres, hombres que robaban para alimentar a sus hijos, ancianas a quienes los vecinos expulsaban de sus casas. Encontré mucha muerte; muerte en todas partes. Investigué enfermedades infantiles. Eran fabulosas para hacer llorar. El cáncer era de las más melodramáticas: niñas con caída de pelo; pequeños con leucemia, niños con muñones, infantes quemados en incendios. Ah, nada como el sida infantil, sus ojitos a medio morir. Había una foto muy buena, una mirada triste que incluso a mí me conmovió. Seguro a Rebeca la conmovería mucho más. Y ya ya triste, ya sin nada qué oponer podría finalmente acercarme como siempre quise.

Me mantuve al tanto del teléfono. Con todo un arsenal listo sólo esperaba y no tardó en caer. Me habló a la semana. Los de la grúa le habían quitado el coche. Me dijo, casi a un centímetro del llanto, que necesitaba verme.

-Estoy en el café donde nos conocimos.

Salí de inmediato con una buena fotografía triste en la mochila. Apenas nos vimos se puso en pie y me abrazó. Llevaba una blusa naranja con un escote no tan grande, el pelo lo traía anudado con una cinta del mismo color. Cuando terminó de contarme el problema le acaricié los brazos.

-Lo bueno es que ya llegué. ¿Quieres ir mejor

a la casa? Ahí podríamos estar más a gusto, hacer las llamadas al corralón y todo eso.

Rebeca bajó la mirada, sentía su nerviosismo en el aire.

-Traigo mucho coraje.

-¿Qué quieres hacer? Vamos a la casa y vemos cómo te quitamos eso -había comprado condones, llevaba al menos uno en la bolsa del pantalón.

-Necesito pegarle a alguien.

-¿Eh? ¿Necesitas pegarle a alguien? ¿Cómo? ¿A quién?

Se mordió un labio, se miró el escote, lo subió acomodándolo y dijo:

-Pensaba pegarte a ti.-¿A mí? ¿Por qué a mí?

-Te tengo confianza, no sabes cuánta.

Luego soltó la frase:

-Te quiero mucho... nada más necesito un puñetazo -me acarició los dedos. Me tenía completamente domado.

-Rebeca...

-Sólo uno, ¿puedo?

En la cafetería casi no había gente. Tras el mostrador un empleado leía el periódico y detrás de él había botes de café, un espejo inclinado en el que vi mis zapatos y los de ella. Traía unos color rosa y yo tenis blancos. Un golpe. Todos necesitamos hacer sacrificios.

-Vamos al baño, pero me voy a cobrar pronto.

Se veía hermosa cuando se ponía triste. No preguntó con qué le iba a cobrar.

Cuando se puso en pie miré su cintura, la redondez de sus nalgas. Nos detuvimos en el pasillo que daba a los sanitarios. Miré hacia atrás. Por un gran ventanal veía la calle, una jardinera, el tronco delgado de un árbol, un auto verde.

-¿Dónde te pego?

-No sé...

-Mejor cierra los ojos.

Los cerré. Lo que hace uno por acostarse con una mujer. Apenas lo hice me lamenté, pensé en Remi, sus ojos trémulos de caricatura donde siempre se colaba el frío. Olía a café. Cuando

Rebeca me dio el puñetazo el aroma se hizo más claro, como si el golpe lo hubiera destrabado en mis narices. Fue un puñetazo limpio al rostro. Esperaba el golpe en el hombro y cuando abrí los ojos Rebeca estaba llorando. Me abrazó, recargó su cabeza en mi hombro. Sentía las lágrimas en mi camisa, humedeciéndola. Ni había tenido que sacar la foto del niño chamuscado. La besé. Era tal y como lo había imaginado. Sus labios estaban calientes, sabían a café. Sentí mi erección. Rebeca se soltó, se hizo para atrás. En sus ojos había una sorpresa que no supe descifrar: si para bien o para mal. En eso apareció un mesero. Me miró, sonrió, me guiñó un ojo. Seguro pensaba que había conquistado el amor de una mujer. A mí me dolía el pómulo: el golpe punzaba ardiente bajo la piel. Me dolían los labios porque Rebeca antes de alejarse me había mordido.

No supe de ella casi por un mes. A veces le hablaba por teléfono. No me devolvía las llamadas. Le mandaba cuanta cadena triste llegaba a mi bandeja electrónica y nunca recibí respuesta. Mira, encontré algo que te puede servir, le decía en los mensajes y le mandaba fotos de viejos con esclerosis, incluso de un pato cubierto por la marea negra. Mi vida, mi hombro sin sus lágrimas se encontraba sin sentido. Una tarde fui a buscarla a su casa. Marqué el timbre varias veces pero no salió nadie. Comencé a sentirme como el cazador a quien se le va la presa. ¿Había invertido tanto por un miserable beso? Necesitaba más. La tenía lista, sólo era dar el empujón final. La imaginé muchas veces en mi cama, la forma como su cadera se acomodaría bajo la mía, el golpe, el empujón para hacerla gemir. No quedaba de otra más que ir a buscarla.

El primer día la esperé dos horas afuera de su casa pero no apareció. El segundo fui muy temprano y me acomodé en la esquina para cazarla. A eso de las diez la puerta se abrió y Rebeca salió en su carro. No me vio.

Comencé a rondar también la oficina del psicólogo. Después de dos días la vi. Se veía hermosa con un largo vestido verde. La seguí una

calle, escondiéndome tras los coches y cuando llegó al suyo y se fue, la avenida perdió todo su interés; como si se hubieran llevado todo el ruido, el color.

Comencé a enojarme mucho. Pinche Rebeca, pensaba, ya la hice llorar, ya me pegó, ya la besé y no vuelve. Seguí bajando fotografías tristes, de fosas comunes, malformaciones genéticas, de muchos niños desvalidos. Investigué las guerras, entré a los sitios de ayuda social. En una página web encontré a una niña chechena a quien una mina le había volado una pierna. Pregunté cómo se podía ayudarla. Me mandaron más fotos de ella. La pequeña tenía los ojos azules, el pelo rubio, muy parecida a Rebeca. La tenían sentada en una silla de ruedas. En la pared blanca y en el piso se veían las sombras de la gente que le tomó la foto. Ella no podía sonreír aunque lo intentara. Qué grande y pequeño es el mundo, pensé, cuando leí la respuesta, aparentemente escrita por ella, me parecía más un machote: «Quiero volver a caminar, ayúdame, necesito una prótesis», decía en el pie de foto. Luego venía un número de cuenta y más imágenes de ella. Que te ayuden otros, pensé; pero luego me dije que si lograba hacer llorar a Rebeca con su ayuda y finalmente acostarme con ella, le mandaría dinero y más para que se comprara no una, sino tres prótesis. Había esperado mucho para tener a Rebeca, no se me podía ir así tan fácil. Copié la imagen, le quité la nota al pie y le escribí:

Sin ti me siento como si hubiera pisado una mina.

Mandé el mail y esperé. No había de otra. Al tercer día me llamó.

-Ando por aquí, cerca de tu casa, ¿vemos una película?

-Claro, vente para acá.

Esperé algunos minutos sin moverme y después me puse en pie, saqué los cd's con el Réquiem de Fauré y la Séptima alemana. Me puse una playera con la estampa de los prisioneros en

Iraq, me lavé la cara, me cambié de calcetines. Revisé que tuviera condones suficientes. Los nervios se enroscaron en mi vientre cuando sonó el timbre. Rebeca se veía resplandeciente, recién salida a la felicidad. Mis manos ardieron de ansia. Rebeca se mordió los labios, se acomodó el pelo como siempre, sus dedos entre ellos. Olía a jazmines. Sus brazos eran algo velludos. Imaginé mis dedos detenidos en ese vello, apretándolo con suavidad.

Rebeca se sentó, se recogió el cabello y me miró nerviosa. Iba a decir algo cuando ella se llevó la mano a la boca e hizo una seña para que me callara. Se puso en pie y me entregó la fotografía. La pequeña chechena sonreía, su muñón al descubierto, las sombras igual de nítidas en la pared.

-No puedo llorar -dijo finalmente Rebeca, con la respiración un tanto agitada. Sus pechos se ponían tensos en cada respiración.

Me acordé entonces de la charla en la cafetería; entonces por eso viniste, pensé, ¿Y qué hago si vuelves a llorar? Le di una cachetada. Ella no gritó. Sentí la mano caliente; casi podía ver en las mejillas de Rebeca la marca de la sangre alborotada por el manazo, los ojos llorosos. Luego ella me tiró un puñetazo. Fue sólido contra mi hombro. Le sujeté la mano, la quiso retraer, no la dejé, la atraje, puso una mano en mi cintura, olí su pelo, su aliento, tragó saliva, acomodó una pierna entre las mías. Intentó darme otro golpe pero no pudo. Mis manos se deslizaban sobre sus brazos velludos, en su cintura, bajaron hasta el cierre de su pantalón e iba a quitárselo cuando me dijo:

-No, pégame otra vez. Soy muy mala.

Me quedé inmóvil aunque por dentro sentía la sangre punzándome desde los tobillos hasta los hombros. La piel se me erizó cuando Rebeca comenzó a llorar igual que antes. Sus lágrimas rodaban con limpieza y me producían tranquilidad. Me acordé entonces, no sé por qué, de la niña chechena. La mina le había volado no sólo la pierna, también le había destruido los labios mayores. Un trozo se le había incrustado en la

vagina. Nunca podría tener hijos. La operación para salvarla había sido muy costosa. Además pedían ayuda para solventar la construcción de varias escuelas bombardeadas. Rebeca seguía junto a mí, acomodó su cadera en la mía, apoyó la cabeza en mi hombro y me pidió que le mostrara mis cadenas tristes.

-Házmelo ya -me dijo ella. La imagen de una montaña de prótesis apareció frente a mi cuando Rebeca comenzó a besarme lentamente mientras me desabrochaba el cinto: una cordillera de prótesis de distintos tamaños, un campo de minas, un desfile interminable de niños con vientres voluminosos, de rostros ensangrentados, de mujeres que lloraban porque les habían robado a sus hijos, el rostro de impotencia de hombres a quienes han asaltado al salir del banco, la mirada cínica de diputados, presidentes municipales y gobernadores al decir: acabaremos con la tristeza del mundo. Sí, era la tristeza del mundo el verdadero motor de la vida; y al final, la niña chechena con su muñón al aire, ese rostro desvalido. Iba a sugerirle a Rebeca que nos fuéramos a mi cama pero en lugar de eso sólo pude decirle:

-Voy a mandarle dinero.

Ella no entendió por qué lo dije y creo que nunca mandé nada. **HC**

► ANTONIO RAMOS nació en Monterrey en 1977. Narrador, egresado de la Carrera de Letras Españolas de la UANL. Docente en el INEA del 2002 a la fecha. Le gusta el fútbol y el automovilismo.

J . S d e M o n t f o r t

A VECES ME DA HAMBRE*



Por las tardes, cuando estoy escribiendo, a veces me entra hambre. Suele ser hacia el final de la tarde, sobre las ocho. Y me apetecen unos chocolates. Es entonces cuando decido vestirme, salir a la calle, ir al supermercado. Mi zona es la de los estudiantes, así que suelen aparecer esos esbozos de matrimonios, riñendo por si coger tomate frito o escalopines, si merluza o un buen pedazo de carne vacuna (chavales de apenas veinte años, pero ya emparejados por la conveniencia de los pisos compartidos). O peor, aquellos grupos de chicas marujas (wannabe), listado en mano, comprando: patatas, cebollas, chorizo, lentejas, cosas así. O muchísimo peor, grupos de chicos, sin listas ni nada, comprando (por supuesto): cerveza de lata (de la barata), pizzas, hamburguesas, pasteles de chocolate, cosas así. Yo los observo, con esmero. Me fijo en cómo sopesan los céntimos de diferencia de cada producto, como cogen ese brick de vino blanco “para cocinar” del que luego darán buena cuenta en las borracheras de los jueves. Los espío cuando unos miran con reserva, envidia y temor, los carros de los otros. Siempre que hay un grupo (incluso cuando son sólo dos) uno de ellos está encargado de la tarea de custodiar el carro, y créanme, lo hace admirablemente. Los chicos suelen apoyar el culo en la esquina, y lo van manejando de espaldas. Las chicas, por el contrario, utilizan una mayor sutilidad, ya se sabe, ponen bolsos encima, llaman

la atención sobre sí mismas, etc. Lo que siempre hacen, unos y otros, es poner una serie de productos bien visibles. Las chicas (normalmente gordas) ponen los brotes de soja, los yoghourts bio, esas cosas. Los chicos ponen el montón de pizzas, sobre todo, como diciendo: “mira, chica, siempre podemos poner una al horno si te decides a venir, tenemos un montón”. Las parejitas son más prácticas: el tomate frito, bote bien grande (500 gramos), triturado. Diciendo: así somos, somos una pareja adusta y feliz, compartimos los macarrones. El caso es que, como he dicho, yo vengo a comprar chocolatinas. Por dos razones: porque tengo hambre y por pasearme un poco. No se crean, yo también soy estudiante, también vivo en piso compartido. Pero bien, no me quejo, pues no participo de estas actividades comunales, sólo me dedico a dar cuenta de ellas. Algunas veces me encuentro con otras personas, también (en el supermercado). Mujeres con hijos, algún hombre mayor de estos “nuevos divorciados”, pero poco más. Pero hoy he visto algo extraordinario. Una chica, una chica sola, una chica sola guapa e indecisa. De las que a mí me gustan, flacas, el pantalón medio caído, las Converse negras, el pelo moreno y como desmadejado, la cazadora negra de cuero Candem style. Buscaba con lentitud entre las baldas, comprobando los precios, calidades de los productos, con excelente concentración. Me recordaba a una novia que tuve que robaba en

los supermercados. Yo la seguía por los pasillos. ¿tratará de robar algo? Su chaqueta, desde luego, la llevaba con la cremallera hasta el cuello. Y llevaba un bolso. He ido dando vueltas, por suerte que un montón de gente más andaba por allí, pero ella, ella se comportaba como si no hubiese nadie más que ella y los productos que iba alcanzando, uno a uno, con sus manos blancas, lentas. Me las he apañado para que llegásemos juntos a la línea de cajas. Me he puesto detrás de ella, mirando a cualquier sitio, como si a mi tampoco me importase nada más que yo mismo y mis chocolatinas (que llevaba en la mano). Ella ha cogido una sopa de esas de brick, un paquete de tomatitos cherry (de pera), aguacates, un paquete de papas sabor jamón y un paquete de tampones. Cuando la cajera le ha dicho la cantidad, ella, muy parsimoniosa, le ha dado una de esas tarjetas doradas. Estaba expectante por oír su voz. Pero no ha hablado. Su firma era pequeña y delicada. Pero no he podido ver su nombre. Mierda. He de decirle algo, antes de que se vaya... -Adiós! -le he dicho con una amplia sonrisa, levantando la mano. Me ha parecido que la cajera me censuraba, no sé había algo raro en su modo de echar las chocolatinas hacia el final metálico de la caja. Ella (la chica de las Converse), se ha quedado mirando con brevedad mi montón de chocolatinas golpeando contra el metal. No me ha respondido, y así ha desaparecido, graciosa y etérea, con sus Converse negras, y sus dos bolsas, y sus tampones Evax. Qué imbécil. La cajera me ha obsequiado con una sonrisita al cogerme el dinero. Ahora, mientras escribo esto (y me estoy comiendo las chocolatinas a placer), caigo en la cuenta de que ambas (la cajera, la chica de las Converse) pueden haber pensado al ver mi buen montón de chocolatinas que trataba de decirles algo como: "mira, chica, tengo un buen montón de chocolate, eso es que paso escasez, ya me entiendes...". Qué gilipollas. No vuelvo a ir al supermercado.

► J. S DE MONTFORT nació en Valencia, España, en 1977. Se diplomó en Literatura Creativa en la escuela TAI de Madrid. Es batería de jazz y ha escrito el libro de cuentos *La tristeza de los cedros*. Actualmente estudia Filología Inglesa.

